

JULIO ARDILES GRAY

*el  
inocente*



SEIJAS Y GOYANARTE EDITORES

JULIO ARDILES GRAY

## EL INOCENTE

Julio Ardiles Gray, como un mago que quiere hacer un truco enseñándonos antes su secreto, nos dice al principio de *El Inocente* que toda su novela es mitología y no historia, pero a medida que nos adentramos en su mitología nos hallamos con la historia porque historia es el clima de agitación social y política y los tipos humanos que escribían los momentos cruciales de nuestro ayer cercano.

Ardiles Gray comienza su historia o su mitología en el Tucumán turbulento de la década del treinta y nos sumerge en una atmósfera apasionante que lo gra atrapamos, al situarnos, con extraordinaria fuerza vital, en el misterio de los más íntimos secretos del ser humano; los sucesos que hicieron época en Tucumán se despliegan de manera magistral, pintándonos, descarnadamente, no sin un generoso sentido de protesta ante la hipocresía y la injusticia, los más extraordinarios personajes.

Como una raíz que espera resurgir de la primavera, así es la anécdota de Ardiles Gray que nos ofrece el panorama de la crisis de una concepción del hombre frente a las exigencias de una sociedad que evoluciona hacia una vida más justa y más libre.

---

**SEIJAS Y GOYANARTE EDITORES**

Tucumán 3349 — T. E. 86-3031

Buenos Aires — Argentina

Para David e tres esta imagen  
de Truman

con la cantidad de \$ 5000

David  
ene / 64

56/10, Heros 121 - Truman

EL INOCENTE

*Colección*  
AUTORES HISPANO-AMERICANOS  
Dirigida por Víctor Sáiz

363

003847

634 (P3)

JULIO ARDILES GRAY

# EL INOCENTE

**BIBLIOTECA DE LETRAS**  
Donación  
de Inés y David  
Lagmanovich

SEIJAS Y GOYANARTE EDITORES  
(EDITORIAL GOYANARTE S.R.L.)

Tucumán 3349 — T. E. 86-3034  
Buenos Aires — República Argentina

*Colección*  
AUTORES HISPANO-AMERICANOS  
Dirigida por Víctor Sáiz

363

003847

630 (P. 3)

JULIO ARDILES GRAY

# EL INOCENTE

**BIBLIOTECA DE LETRAS**  
Donación  
de Inés y David  
Lagmanovich

SEIJAS Y GOYANARTE EDITORES  
(EDITORIAL GOYANARTE S.R.L.)

Tucumán 3349 — T. E. 86-5034  
Buenos Aires — República Argentina

Queda hecho el depósito  
que previene la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA  
PRINTED IN ARGENTINA

EDITORIAL GOYANARIE  
BUENOS AIRES

© EDITORIAL GOYANARIE, S. R. L.  
Buenos Aires - 1964

## NOTICIA

Esta novela, como toda novela, es mitología y no historia. Pero como la acción de ella está ubicada en el tiempo y en un lugar, ese tiempo es el de los años de la década que comienza en 1930 y el lugar es Tucumán.

Se quiere reflejar en ella la atmósfera de la época. Entiéndase por atmósfera, el clima de agitación social y política, ciertas modalidades, ciertos tipos humanos, hoy desaparecidos, que teñían la vida y hacían el estilo de ese entonces.

En esta novela hay sucesos históricos mal ubicados, como algunos que pertenecen a la gran huelga cañera, y que ocurrieron, por ejemplo, cerca de Concepción y no en Monteros. Pero la necesidad de la anécdota y de los personajes ha hecho que el autor variara el lugar y la forma, el *dónde* y *cómo* acontecieron.

Los personajes sí son imaginarios. Algunos de ellos, en sus rasgos físicos recuerdan, quizá, a alguien que el autor conoció por esos tiempos, que eran los tiempos de su niñez. Por lo tanto, ya han pasado a formar parte de su mundo mitológico que nada tiene que ver con el mundo real, salvo mera coincidencia.

*A Mickey Hynes O'Connor, Arturo Ponsati Córdoba y Antonio Gray, en pago de una vieja deuda.*

*A Carlos Prelooker y Susana Tampieri.*

*A Nicole Bellina, Annette Raison y Maryvonne Héron.*

—¿Dónde vas Gallito?  
—A la fiesta de San Ignacio,  
dándome de canillazos.  
—¿Llévame...?  
—Bueno. Metete en este «aujerito»  
y tapate con un palito...”

DE UN CUENTO POPULAR TUCUMANO



*Ilustración de Aurelio Salas*

El hombre golpeó las manos. El eco, mezclado con los ladridos de los perros del rancho, fue multiplicándose en la oscuridad de la noche. Una voz de mujer, áspera y aterida por el frío, le respondió desde un lugar incierto.

El hombre esperó un rato. Una mano sarmentosa levantó la lona que servía de puerta y dejó ver la cara de la vieja a la luz del candil. Mordisqueaba lentamente el pucho de un chala.

—¡Qué querés, bandido! —gritó a tiempo que salía del hueco y hacía una contorsión y una mueca.

—Camilo... —dijo el hombre.

—No está —gruñó la vieja.

El hombre vaciló. Luego dijo:

—¿Dónde anda?...

—Y qué sé yo —agregó la vieja, escupiendo los restos del chala.

—Usted sabe... —insistió el hombre.

—El muchacho no va a la cosecha —dijo la vieja, agresiva, cubriendo con su cuerpo la entrada del rancho.

—Mañana sale el carro —dijo el hombre.

La vieja se encrespó gritando:

—¡Guardián!... ¡Muchacho!...

Los perros ladraron en la puerta, entre las polleras de la vieja. Instintivamente, el hombre se llevó la mano al cinto.

—¡Váyase, le digo! —insistió la vieja. Su voz tenía ahora un dejo de súplica y terror.

—Avísele, cuando vuelva —insistió el hombre—, que mañana nos vamos.

—¡Guardián!... ¡Muchacho!...” —chumbó la vieja a los perros que atropellaron la lona de entrada y la hicieron trastabillar. Uno de ellos tenía una cara casi humana y la violencia de sus ladridos hizo estremecer al hombre. Comenzó a caminar hacia atrás, despacio, buscando instintivamente el caballo, al que había dejado atado a un palo seco. El perro afirmó las patas delanteras como si se dispusiera a embestir.

Recién cuando sintió el caballo a sus espaldas, el hombre sacó las manos del cinto.

Sin volverse desató las riendas. Luego se enhorquetó de un salto. Antes de alejarse se arrimó hasta muy cerca de la entrada del rancho y gritó:

—¡Vieja bruja!...

La vieja dejó caer la lona y la oscuridad se tragó las pocas cosas que se veían con la luz del candil.

El perro se lanzó con furia a las patas del caballo, que dio un salto, nervioso. El hombre lo taloneó y ambos se perdieron en la noche.

La vieja volvió a levantar la lona y se apoyó en el horcón, como vencida, mientras el perro seguía ladrando hacia el lugar de la oscuridad por donde se acababa de marchar el jinete.

## 2

Cuando Camilo entró en el rancho, los perros gruñeron. Al fondo, la llama del candil temblaba y soltaba un humo negro y viscoso. En la cumbre y en el horcón, las moscas se apeñuscaban soñolientas. Algunas, presas en las telarañas, trataban desesperadamente de zafarse haciendo un ruido pequeño. Al escucharla, otras que también estaban prisioneras, se debatían y zumbaban. El murmullo crecía, sostenido, sediento. Daba la sensación de que sobre el techo de paja del rancho estuviera lloviendo un invisible aserrín metálico.

Un bulto se movió cerca de la puerta trasera. Al principio, Camilo creyó que era uno de los perros, pero pronto cayó en cuenta que los dos estaban a su lado, silenciosos. Con temor aún dijo:

—¿Señora?...

El bulto se incorporó.

—Señora, ¿qué hace ahí? —dijo Camilo.

La vieja no contestó.

—Madrina, ¿está enferma? —insistió Camilo.

La mujer gimió.

—¿Llorá? —preguntó Camilo con temor creciente.

Con gemidos roncós la vieja comenzó a sollozar. Se incorporó, se apolló en una silla y se sentó. Luego se cubrió la cara con las manos.

—¡Levántese, madrina! —baluceó Camilo.

—¡Lo acabo de ver en el fuego!... ¡Lo acabo de ver en el fuego!... —dijo la vieja mientras se retorció las manos. Camilo la tomó de los brazos y trató de levantarla.

—¡No piense en agüerías, madrina! —dijo bajito.

—Si te vas, hijo, no vas a volver —dijo la vieja con voz ronca—. Eso dice el fuego.

—Apenas son cuatro meses... —protestó Camilo—. Nos hace falta plata... Méndez sabe...

—¡No vas a volver... no vas a volver! —gritó la vieja.

Se desprendió bruscamente de los brazos del muchacho y lo arrastró hacia afuera. Al principio, Camilo trató de hacer alguna resistencia, pero al ver la angustia de la vieja se dejó llevar.

Rodearon el rancho y se dirigieron hacia la represa seca. La vieja jadeaba y barbotaba palabras incoherentes. Camilo sintió tan espesa la oscuridad que creyó que en algún momento iba a tocarla.

Hizo un ademán de defensa, pero se perdió en el vacío.

La vieja seguía tirando con fuerza. El muchacho pensó que estaba en el fondo de un pozo profundo, en lo más hondo de un remolino de agua negra y viscosa, y que su única salvación era la mano de la vieja, que tiraba y tiraba.

En la espalda sintió un escalofrío.

La vieja se detuvo y le soltó la mano. Gracias a una

bandada de luciérnagas que se levantaron se dio cuenta de que estaban a la entrada del montecito, frente al viejo chañar.

Camilo se quedó inmóvil. En algún lugar, cerca, la vieja hacía un ruido de hojas, quebraba ramitas secas y raspaba algo.

Cuando las primeras llamas se encendieron, las luciérnagas se esfumaron.

Sentada en cuclillas, soplando, la vieja avivaba el fuego.

Al cabo de un rato se incorporó y fue hasta donde estaba Camilo.

—¡Vamos, hijo! —le dijo tomándolo otra vez de la mano.

Instintivamente, Camilo se retrajo, pero la vieja insistió con firmeza.

Cerca del fuego se desprendió del muchacho y avanzó hacia el tronco del chañar viejo. Con un cuchillito que sacó de entre las ropas, comenzó a cavar un agujerito en la corteza.

Mientras lo hacía rezongaba algo así como una oración o un conjuro.

Cuando el agujero estuvo terminado se volvió hacia el muchacho y le tendió un cigarro.

—Tiene que fumar, mi hijo —dijo tratando de sonreír.

Camilo tomó el cigarro. La vieja levantó un tizón del fuego y se lo acercó. Con precaución, el muchacho echó una bocanada. Un gusto acre le arañó la garganta. Tosió.

—¡Fume! —insistió la vieja.

Camilo hizo coraje y chupó largamente el cigarro. Cerrando los ojos, tragó el humo. Esta vez, un dolor agudo le contrajo el pecho. Volvió a toser con angustia, como si quisiera librarse del dolor a cualquier precio.

La vieja se acercó y le pasó la mano por la frente.

—Venga... —le dijo con dulzura.

Y lo empujó hacia el tronco del árbol.

—Trague el humo de nuevo —dijo— y me lo da después en la boca.

Camilo hizo un gesto. La mujer insistió:

—Trague, le digo, y después me lo da en la boca. Ya no le va a doler.

Como un sonámbulo, Camilo se llevó el cigarro a la boca y chupó lentamente. Después tragó el humo.

En verdad, esta vez no sintió dolor alguno, ni tampoco asco.

La vieja se le acercó rápidamente con la boca abierta.

—¡Ahora!... —dijo.

Cuando Camilo lo fue soltando, ella le dio un largo beso en la boca para absorber el humo que soltaba el muchacho. Temblaba, animada por una extraña mezcla de fruición y de alegría.

Al fin, cuando terminó el largo beso, se acercó al árbol donde había cavado el agujero y fue soplando el humo en el interior, con otro beso plácido y prolongado. Al final, con un movimiento rápido, como si temiera que algo sagrado se le escapase, tapó el agujerito con un tarugo de madera y lo hundió en el tronco con rabia, golpeando con una piedra que había tomado del suelo.

Después retrocedió tres pasos, se sentó sobre los talones, de espaldas al fuego y agachó la cabeza. Así se quedó inmóvil durante un largo rato.

Camilo, algo mareado, comenzó a sentir que en la boca se le formaba primero un gusto a madera vieja, que luego se convertía en un sabor a menta, a tomillo, a cáscara de naranjas.

Por fin la vieja se levantó. Estaba radiante. Fue hasta el muchacho, le tomó la cara con las manos y mirándolo a los ojos le dijo:

—Hijo: ahora me puedo morir tranquila. A usted, mi niño, no le va a pasar nada mientras viva el arbolito. ¿Me entiende? No tiene que tener miedo a nada...

Camilo sólo atinó a balbucir:

—Sí, madrina... Muchas gracias...

—Ahora volvamos —dijo la vieja.

Con el pie, cubrió el fuego con tierra. El tronco del árbol desapareció de golpe en la oscuridad y las ramas, secas y retorcidas, se recortaron contra un cielo cuajado de estrellas.

## 3

A la madrugada vino Méndez a buscarlo. El carro estaba a la orilla del camino. Iba con su mujer y los dos chicos. La abuela se había quedado con el abuelo, en el rancho, para cuidar la majada hasta que la gente regresara de la cosecha.

Sin hacer ruido, Camilo salió para que la vieja no lo advirtiera. Pero ella estaba despierta y se hizo la dormida.

Antes de salir del rancho, el muchacho miró hacia el catre donde dormía la vieja y tuvo miedo.

Los perros comenzaron a lloriquear, pero él los calmó hablándoles bajito y acariciándoles la cabeza.

Méndez montaba en la sillonera y tenía el cabo del látigo apoyado en un costado.

—Hay que apurarse —dijo— antes que apriete el sol.

Por atrás, Camilo subió a la caja del carro y comenzó a correrse hacia adelante en un espacio que quedaba entre los catres, los colchones arrollados, los atados de ropa, las ollas y otras cosas que, con la poca luz, no pudo distinguir bien.

Antes de arrancar, las mulas rascaron el suelo con sus vasos. Cuando el enorme caparazón se puso en movimiento, los animales soltaron un trotcito alegre. Los chicos, que dormían en un rincón junto a la madre, a pesar del sacudido del arranque, no se despertaron.

Camilo se acercó todo lo más que pudo a Méndez. Este iba silbando bajito, con los ojos fijos en el camino. El día despuntaba. El cielo, hacia el naciente, se iba poniendo color acero; después salieron dos o tres nubes rojas y el sol comenzó a levantarse; se desprendió del horizonte y subió por encima de los espinillos, jarillas y chañares.

La mañana se volvió limpia del todo. A medida que el sol subía en el cielo, éste parecía como si se alejara hacia arriba y fue entonces cuando las hojas altas comenzaron a dorarse como manos abiertas a la luz.

Al cabo de un rato, los changos se despertaron. Uno de ellos lloriqueaba. La madre les dio, a cada uno, un pedazo de tortilla.

Méndez seguía silbando al compás del trote de las mulas.

Tenía el sombrero echado sobre la nuca.

#### 4

Llevado por el ruido que hacía la caja del carro, Camilo comenzó a pensar hasta que las imágenes lo atraparon del todo y terminó por abandonarse a ellas. Ahora no sabía distinguir entre las de ahora, sus recuerdos de niño y lo que él creía que podía pasar en la cosecha, allá en Tucumán.

Las imágenes venían cuando el *matramatrac* del carro era más monótono. Entonces se olvidaba del olor a ropa sucia, a grasa y a hierros herrumbrados que salía de adentro.

Cuando las ruedas se escapaban de las huellas o la llanta mordía una piedra, el sacudión le aventaba los pensamientos.

Entonces comenzaba a pensar en la forma extraña cómo lo quería la vieja, su "Madrina", y cómo era su cariño por ella. Se vio otra vez niño, jugando en la tierra, cerca del rancho, casi desnudo.

Los viajeros cruzaron un grupo de casas. Desde las puertas, otros chicos les gritaron "¡adiós!" a los chicos de Méndez y los saludaron con las manos.

Méndez dejó de silbar y les respondió agitando el látigo.

Había muchas cosas que Camilo ignoraba: "¿Cuántos años tenía su "Madrina"? Él se acordaba que desde que tenía memoria, era así, tal cual era ahora. Entonces, ya tenía la misma cara, las mismas manos arrugadas y las gentes la respetaban y le tenían miedo por *médica*.

Solamente una vez se atrevió a preguntarle quién era ella, quién era él, por qué la llamaba "Madrina", por qué ella le decía "*muchacho*". Pero no le contestó. Le acarició

la cabeza por toda respuesta y después le pidió que fuera hasta la represa a traer agua.

Otra vez, cuando era más grandecito, en el boliche, sintió que dos borrachos lo miraban, hablaban vagamente de la vieja y se refan.

La primera vez que trabajó en un obraje, como peon-cito aguatero, la gente no quería juntarse con él. Andaba solo y a veces pasaban semanas que no hablaba con nadie. En una ocasión, sorprendió a un hachador que se santiguaba a su paso.

Méndez seguía silbando.

Se fijó en los hilos del telégrafo que, al borde del camino, subían y bajaban blandamente a medida que pasaba el carro. Tuvo la sensación que era el carro el que subía y bajaba y comenzó a amodorrarse.

—¿Era pariente de la vieja? —se preguntó.

Los changuitos de Méndez se habían levantado y miraban el campo, gritaban y se reían.

La comba de los hilos seguía subiendo y bajando. De pronto se detenía cortada por un poste.

## 5

A mediodía pararon para comer a orillas del camino.

Antes que se hiciera de noche acamparon al lado del puente de una alcantarilla. Méndez soltó las mulas y Camilo le ayudó a sujetar el carro con el "*muchacho*".

La mujer de Méndez buscó unas piedras para hacer el fogón. Después tendió los colchones debajo del carro. Los changuitos la ayudaron.

Méndez vino y le dijo a Camilo:

—Mañana entramos en Tucumán. ¡Adiós Santiago, hasta octubre!

Camilo miró hacia el este, por donde suele venir la noche.

Méndez se fue y volvió con unas ramas. La mujer ya tenía listo el fogón. Entre Camilo y Méndez le ayudaron a pren-

der el fuego. Las ramas estaban un poco verdes todavía y humearon. La mujer se puso a cuatro pies para poder soplar mejor. El fogón soltó una oleada de humo que le atufó la cara.

La mujer se levantó tosiendo y lagrimeando.

Méndez comenzó a darle golpes en la espalda mientras se reía. Los chicos se asustaron primero, pero como vieron que su padre se reía, ellos también se largaron a reír.

La mujer se defendía del ahogo con los brazos. Cuando al fin pudo hablar comenzó a insultar a gritos a Méndez, chillando con una voz de níquel.

Apoyado sobre una piedra, Camilo miraba la escena con indiferencia.

La mujer seguía haciendo ademanes:

—¡Dejame, te digo!... ¡No estoy ahogada ya! ¡Dejame sola!... ¡Sos un abuso!...

Méndez comprendió que esta vez la mujer estaba a punto de enojarse de veras. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Los chicos también estaban serios.

En el fogón, la olla hervía ya a borbotones y hacía bailar la tapa que amenazaba con caerse.

Méndez dijo:

—¡Bueno!... ¡Ahora a comer y luego a dormir que mañana tenemos que madrugarl!...

Uno a uno se fueron sentando en torno al fuego y la mujer comenzó a servir. Comieron en silencio. Cuando terminaron, el sereno caía, lento, frío, penetrante.

Méndez fue hasta el carro y volvió con una guitarra. Los changuitos lo rodearon, apoyándose uno en una rodilla y la otra en la montura de la "sillonera".

El santiagueño comenzó a puntear las cuerdas, bajito, y a cantar sin decir la letra, como si rezongara con cariño. Se inclinaba sobre la caja rumiando dulcemente la música.

Así estuvo un largo rato hasta que dijo:

—¡Los changos a la cama!

Ambos protestaron, pero Méndez se hizo el enojado y al fin, de mala gana se fueron con la madre a tender las mantas debajo del carro.

Méndez le dijo a Camilo:

—Veamos las mulas...

## 6

Una de las mulas se había separado de las otras. La buscaron. En ese momento fue cuando Méndez y Camilo se dieron cuenta de que no era una alcantarilla como ellos pensaban, sino que debajo del puente pasaba un arroyo.

—¿Tenés fósforos? —le preguntó Méndez.

Camilo dijo que sí. Entonces se repartieron la tarea. Buscando pastitos tiernos, quizá la mula habría cruzado al otro lado.

Méndez le pidió a Camilo que vadeara el hilo de agua; éste se quitó las alpargatas, se arremangó los pantalones y comenzó a tantear el lecho, al que unas veces sentía de greda, y otras, de arenas finas. Al fin salió a la otra orilla.

Se puso las alpargatas y decidió encender el fósforo. El puente con la luz abrió una boca negra que lo hizo estremecer.

Se fijó en el lugar: a un costado del puente había una playa de arena seca; el agua, allí, era escasa y antes de pasar se desviaba hacia la izquierda.

El fósforo le quemó los dedos. Sacudió la mano y la oscuridad le cayó encima otra vez.

Se acordó de Méndez y lo llamó. Una rana se zambulló por allí cerca: pudo escuchar el sonido glotón de su cuerpo baboso al ser tragado por el agua.

Desde un lugar impreciso Méndez le silbó.

—¿Qué hay? —le preguntó.

—¡Ya la he encontrado!

—¿Dónde?...

—¡Aquí!...

Volvió a descalzarse y a cruzar el arroyo. Después se dirigió hacia donde había sentido la voz de Méndez.

Cayó en la cuenta, de improviso, de que el campo se llenaba de sonidos: aquí un bicho, más allá otro; aquí un chapoteo, allá un frotarse o un chillido.

Después, el silencio...

## 7

A la mañana siguiente entraron a Tucumán. Por la noche fueron a acampar en Los Gómez.

Cuando el carro comenzó a andar, Camilo se corrió y se sentó en una de las varas para poder conversar con Méndez, que movía graciosamente la cabeza sacudido por el trote de la mula que montaba.

De pronto Méndez le dijo:

—Mirá: ya estamos...

Las tuscas, los algarrobillos, las jarillas comenzaron a desaparecer, y manchones de pasto, primero, y después grandes sábanas parejas, se extendieron, a ambos lados del camino. Fueron surgiendo potreros donde pastaban animales. Un padrillo levantó la cabeza y relinchó, pero al darse cuenta de que eran mulas, nada más, las que tiraban del carro, volvió a agachar la cabeza y a mordisquear la hierba, despreocupado.

Los potreros se volvieron cada vez más grandes y alambrados. A veces, una vaca brava se atrevía, bramando, a llegar hasta el alambre. Empujaba un poste con el pecho, refregaba sus cuernos en el palo y al ver que no podía nada mugía impotente.

Los chicos gritaban entusiasmados por cualquier cosa. La madre se reía y se quedaba pensativa.

Otras veces, aburridos, los changos comenzaban a cantar al compás del traqueteo. Ellos mismos inventaban la letra y la música. El asunto era que los sonidos fueran largos para que los golpes monótonos del carro les hicieran temblar la voz. Cualquier cosa que así se dijera resultaba graciosa.

La madre los miraba y se reía.

A Los Gómez llegaron bien entrada la noche. Acamparon cerca del pueblo, a pocos pasos de la escuela. La mujer de Méndez hizo fuego y puso a hervir el agua.

Camilo se alejó unos pasos mirando las luces de las casas, que brillaban en la noche como brasitas.

Por detrás, Méndez se le acercó despacito.

—¿Qué estás pensando? —le dijo de golpe.

Camilo se asustó.

—¡Ah, era usted, don Méndez! —le dijo.

—¿Pensabas, acaso, que era un espanto?

Camilo encogió los hombros.

—¿Echás de menos la casa, a doña Úrsula?...

Camilo agachó la cabeza.

—Son cuatro o cinco meses —siguió diciendo Méndez—. Vas a volver con plata y además te vas a hacer hombre del todo, vas a conocer cosas...

—Sin embargo... —balbuceó Camilo alzando los hombros.

—Alguna vez hay que comenzar. No toda la vida vas a vivir en medio de las cabras. Tenés que conocer. Hace cinco años que yo voy a la cosecha, me divierto y tengo que dejar a la Juana y a los chicos unos pesos, en el verano, hasta que vuelvo de la otra cosecha, la del maíz, en Santa Fe.

Camilo tampoco dijo palabra alguna.

—Pero eso sí —agregó Méndez sonriendo—: haceme caso. Los tucumanos son muy pícaros y ladrones...

La mujer gritó junto al carro.

—¿Qué hay? —le contestó Méndez.

La mujer insistió.

—¡Voy!... —le gritó Méndez y de mala gana comenzó a arrimarse. Camilo lo siguió.

—No hay arroz... —dijo ella.

—Pero si ayer cargaste varios kilos... —le dijo Méndez.

La mujer le mostró una bolsa agujereada:

—Se ha ido vaciando por el camino... y ya le he echado la carne a la olla.

Méndez se quedó pensativo.

—Por aquí cerca hay un almacén —se acordó.

Se volvió a los chicos:

—Ustedes no se muevan —les dijo.

Y se largó a caminar en dirección al pueblo, seguido por Camilo.

## 8

El dueño del almacén era un gallego.

—¿Qué quieren? —les preguntó con insolencia.

—¿Tiene arroz? —dijo Méndez.

El gallego los miró de arriba a abajo.

—¿Ustedes son santiagueños, no? —preguntó, desconfiado.

—Sí, compadre... —le contestó Méndez.

—¿Tienen plata? —preguntó el gallego entre ávido y agresivo.

Méndez metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas que tiró sobre el mostrador.

En las mesas, al sentir el ruido metálico, varios parroquianos dejaron de conversar y se dieron vuelta.

—¿Alcanza? —preguntó Méndez con rabia.

—¿Cuánto? —dijo el gallego.

—Un kilo...

—Alcanza —le contestó el dueño del boliche.

En una balanza mugrienta puso un papel de estraza. De una bolsa de arpillera sacó, con una gran cuchara de latón, un poco de arroz que fue volcado en el papel hasta que el platillo comenzó a inclinarse.

—Ya está —dijo.

Después tomó el papel y armó el paquete repulgándole las orillas y lo remató haciéndole dos orejas en las puntas.

—Son cuarenta centavos —dijo el gallego.

—También alcanza para el vino —dijo Méndez guiñándole el ojo a Camilo.

—¿Cuánto? —preguntó el gallego.

—Por ahora un litro; eh, ¿Camilo? —dijo Méndez.

—Está bien —dijo el gallego.

## 9

Al salir del boliche, Méndez y Camilo estaban borrachos. Perdieron el camino y anduvieron un largo rato por las calles del pueblo sin poder dar con aquella que los llevaba a la escuela.

Camilo tenía la sensación de estar caminando sobre grandes animales dormidos que se iban despertando lentamente.

La noche se puso perfumada y tibia.

A Méndez le pareció que la oscuridad se llenaba de telas livianas que se agitaban con un viento suave y extraño. El perfume de las flores y de los yuyos comenzó a echar cuerpo, pero un cuerpo delgado como un tul.

Camilo tuvo que abrazar a Méndez. Éste lo miró de reojo y vio que al caminar subía y bajaba. Tuvo la misma sensación que cuando, desde el carro, veía pasar las combas de los hilos del telégrafo.

Encontraron una casa solitaria, en medio de la oscuridad. Tenía un zaguán ancho y profundo. Las puertas estaban abiertas de par en par y no había si una sola luz.

Camilo tuvo un poco de miedo. Le pareció que el zaguán era una garganta que los atraía. Méndez y él caerían por ella y esa caída podía no tener fin. Vagarían en el aire para siempre, cegados por la oscuridad y acunados por una gran dulzura.

Camilo caminó hasta el medio de la calle; Méndez se paró en el umbral de la puerta de entrada, con los brazos en jarras. Del zaguán salía un perfume dolorido de flor lechosa.

Méndez se bamboleó; luego se llevó las manos a la boca y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Y... ji... ji... jiiiiiiii...!

El ladrido de un perro estrelló la noche. El animal se detuvo en una verja que hacía de cancel.

Camilo hizo un esfuerzo y tomó a Méndez por el brazo. Éste se refa bajito, con una risa pegajosa, como si tuviese greda en la garganta. Trató de correr y de arrastrarlo.

En el zaguán se escucharon voces.

Méndez se dejaba llevar por Camilo. Doblaron por un callejón y se encontraron con una acequia. Camilo metió la cabeza en el agua. Cuando la sacó, aquel zumbido dulce que afeopaba los ruidos de la noche había desaparecido. Éstos se hicieron más claros, pero más ásperos y más duros.

Un grillo comenzó a desgranar una espiga en algún lugar de la acequia. Méndez había juntado agua en el sombrero y la bebía a grandes sorbos. Luego gritó:

—¡Camilo!... ¡Muchacho!...

—¡Aquí estoy, don Méndez!...

—¿Dónde?

—A su lado...

—Es hora que volvamos...

Se incorporaron. Antes de seguir adelante. Méndez se detuvo y tomó al muchacho por el brazo.

—¿Sabés una cosa?... —le dijo.

—No.

—He perdido el arroz y no me acuerdo dónde...

## 10

De pronto y sin saber cómo encontraron el callejón que los llevaba a la escuela. Cuando llegaron les resultó fácil dar con el carro.

Méndez trataba de no hacer ruido y se apoyaba en Camilo.

El fuego se había apagado. Los chicos y la mujer de Méndez dormían... Camilo tropezó con un apero y cayó a cuatro pies. Entonces le pareció que no valía la pena ir en busca de las mantas; se quitó el saco con dificultad, hizo un bollo con él, se lo puso en la nunca y se abandonó al sueño. Antes, alcanzó a escuchar que Méndez discutía con la mujer.

Después de un rato sintió que podía ver a pesar de tener los párpados cerrados. Estaba de espaldas en medio de un

campo y a su lado estaban, de pie, Méndez, su mujer y los chicos; al otro lado estaba su madrina, que lloraba en silencio con los ojos muy abiertos.

Vio luego que todos se alejaban y que él nada podía hacer, ni usar las manos, ni hablar; sólo podía mirar hacia arriba, hacia el cielo, donde titilaban las estrellas.

La sed comenzó a mortificarlo. Le ardían los ojos y los labios.

Sin saber cómo se dio cuenta de que sus manos se hundían en la tierra húmeda, lentamente. Al cabo de un rato, sus dedos encontraron agua. Una sensación de frescura lo fue invadiendo: le recorrió el brazo primero y después todo el cuerpo tuvo esa sensación de placidez y de humedad. Pero le llegaba de lejos.

Allá arriba, el cielo estaba azul; las estrellas habían desaparecido. Sintió, después, que crecía suavemente sin poder por ello despegarse del suelo. Pronto pudo ver los campos vecinos, las aguadas, las golondrinas que escapaban del invierno, las majadas ramoneando entre los jarillales y el humo que salía de la casa de su madrina. Más allá, doblando el recodo del camino, el carro de Méndez se alejaba balanceando su enorme caparazón. Atrás, los chicos iban cantando. Al fin se perdieron en un recodo y lo último que retuvieron sus ojos fue la imagen de uno de los changuitos, sonriendo y mordisqueando un pedazo de queso. Después el viento trajo un poco de ruido: los gritos con que Méndez azuzaba a las mulas para poder pasar un repecho.

Cuando se hizo el silencio, Camilo tuvo miedo, un miedo enorme, y trató de gritar, luego de correr para alcanzar a los que se iban en el carro. Desesperado en su impotencia respiró muy hondo para cobrar impulso y tener más fuerzas. Con las manos, desesperadamente apuñó la tierra y lanzó un grito.

Estaba sentado cuando se despertó; tenía un fuerte dolor en la nuca y el cuerpo entumecido por el rocío. Estaba por amanecer.

Debajo del carro, la mujer y los chicos de Méndez dormían con placidez. Éste había conseguido llegar apenas hasta cerca de una de las ruedas y había hecho almohada de una piedra.

Camilo no se convencía de que acababa de tener una pesadilla. Se acordó de su madrina, se acordó del árbol y tuvo miedo.

En el naciente, una luz color acero comenzaba a invadir el cielo.

## 11

Antes de partir tomaron unos mates. La mujer de Méndez no lo habló en todo el día. Éste se hacía el distraído.

Cuando uno de los hijos le preguntó por qué la noche anterior había llegado tarde, se enojó y lo mandó a juntar leña. El muchacho se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir.

El carro inició la marcha. Méndez silbaba bajito, con el sombrero puesto casi sobre la nuca.

Pasaron frente a la escuela. Había un grupo de alumnos parados en medio de la calle con sus cuadernos y útiles en la mano. Al ver el carro se apartaron y lo dejaron pasar. Los chicos de Méndez los siguieron con la vista.

Uno de los alumnos, de pronto, como si hubiera caído en la cuenta, se paró, con los brazos en jarras y comenzó a gritarles:

—¡Santiagueños!... ¡Eh, santiagueños, culos pequeños!...

El mayor de los hijos de Méndez no pudo contenerse:

—Y tu mama... ¿cómo lo tiene...? —le contestó.

La madre vino enojada.

La gritería de los muchachos arreció. Los que estaban cerca de la escuela se unieron al grupo de la calle gritando:

—¡Eh!... ¡Eh!... ¡Son santiagueños!... ¡Son santiagueños!...

Pronto comenzaron a caer piedras, cascotes y terrones de barro endurecido.

Méndez detuvo el carro y se bajó con el látigo en la mano. Los muchachos se desbandaron. Unos se refugiaron en la escuela, otros en un sitio baldío.

Cuando Méndez hizo ademán de volver a montar en la

sillonera se reanudó la gritería. Una naranja agria se estrelló en las patas de uno de los cabres que iba en la caja.

De la escuela salió una maestra y comenzó a llamar a los muchachos, que entraron callados y cabisbajos. Los hijos de Méndez se reían y gritaban:

—¡Ahora griten!... ¡Ahora griten!...

Méndez apuró las mulas y el carro se puso a traquetear alegremente. Después de unos instantes los changuitos comenzaron con sus canciones inventadas.

Méndez dijo en voz alta, como si reflexionara:

—¿Santiagueño?... ¿Y qué tiene?...

## 12

Antes del mediodía se encontraron con el río. El vado estaba bajo y el agua clara.

—Ya no llueve en el cerro —dijo Méndez.

Camilo se largó del carro.

—Comeremos aquí y pasaremos la siesta —dijo Méndez.

Buscaron la sombra de un pacará enorme.

Mientras caminaba por la orilla del río, Camilo se puso a mirar el agua.

El verde reventaba por todos lados: entre las matas, en las copas de los árboles, en las gramas que parecían salir del río.

Alguien le gritó en las espaldas:

—¡Camilo!... ¡No te alejes mucho!...

Con el sombrero hizo señas que *no*.

Y continuó camino siguiendo la corriente que se despe rezaba entre los berros, orejas de agua y cabellos de ángel. El agua, a veces, encontraba un recodo lleno de piedras y se embravecía; después, en lo llano, en los remansos, se detenía y apenas si se la veía mover algunos remolinos que, muchas veces, se confundían con los coletazos de los pescados.

Una rana se tiró al agua. Camilo alzó una piedra y la hundió con fuerza en el lugar donde había saltado la burbuja de la zambullida.

Pensó en su casa, en su madrina y la tristeza lo invadió. Tuvo miedo de seguir adelante, de que todo lo que Méndez le contaba de la cosecha, allá en Tucumán, fueran exageraciones. Pensó en doña Úrsula, en que la pobre vieja tenía que bastarse a sí misma. Y también pensó en que había mucha gente, en los alrededores de su casa, que no la querían a su madrina, que la culpaban de ser la autora del mal de ojo y de otros daños que ocurrían en el monte y en las majadas.

Se acordó de su *injerto* y entonces se sintió seguro.

Un ruido lo detuvo. Estaba cerca de un montecito de sauces que terminaba en la orilla, casi al borde. Los árboles que estaban sobre el agua dejaban caer las melenas de sus copas blandamente. La corriente las lamía con una voluptuosidad secreta y ellas parecían abandonarse a un goce dulce y adormecedor.

Cuando Camilo quiso caminar, quebró una rama. En la copa de los sauces algo se movió con un ruido de alas. Trató de ocultarse. Entonces se produjo un estallido seco y vibrante, como un gran chasquido que lo hizo arrojar al suelo desde donde vio, en lo alto de los sauces, cómo se elevaban grandes pájaros blancos, de patas largas, que primero se arrémolinaron dando vuelta a los árboles y luego se lanzaron en bandada, hacia el este, remontando el curso del río. Pasaron volando muy bajo, con las alas, enormes, abiertas, el cuello arqueado, como la quilla de un barco y las patas estiradas.

"¡Garzas moras!" —se dijo Camilo.

Y se puso de espaldas para verlas pasar.

En el aire, los pájaros dejaban algo así como una tela invisible, un suave siseo que hacían con las alas al cortar el viento, seco y duro, del mediodía de mayo.

Cuando todas pasaron, Camilo se quedó con el cielo en la cara, un cielo azul, limpio, sin una nube.

Sintió algo como si, de pronto, el mundo se hubiese detenido para siempre.

Recordó su pesadilla y se incorporó.

Se encontró, otra vez, con la corriente que pasaba lamiendo los gajos caídos de los sauces.

Alguien gritó a lo lejos:

—¡Camilo!... ¡Ya está la comida!

## 13

Cuando llegó, todos estaban sentados en torno al fuego. Sobre unas piedras, que los chicos de Méndez habían colocado alrededor de la fogata, tomó asiento.

La mujer le alcanzó la olla y una cuchara.

—Coma, Camilo... —le dijo.

Cuando estiró la mano y levantó la vista se dio cuenta de que al frente tenía una persona desconocida.

—¡Pucha que sos distraído! —dijo Méndez.

Era una muchacha.

—Habrá estado echando de menos el pago —dijo la mujer en un tono de burla.

—Esta niña va a Simoca —dijo Méndez.

Camilo hizo un ademán de dejar la olla y luego otro de incorporarse.

La muchacha dijo:

—No se moleste...

Camilo bajó la vista y comenzó a comer lentamente.

—Entonces... —dijo Méndez, dirigiéndose hacia la muchacha como si reanudara una conversación interrumpida.

—Entonces, me dije: "Me voy a Simoca, a ocuparme..."

—¿En la cosecha?...

—No... No... Para eso me hubiese ocupado por aquí cerca... Voy a ocuparme en la casa de un médico.

—¡Ajá!... —dijo Méndez.

—De mucama... —agregó la muchacha—. A mí no me gusta pelar... ¿Y ustedes, dónde van?...

—A Monteros... a la cosecha... Camilo es la primera vez... Es un vecino de allá de Santiago... Mi mujer y la chica irán al cerco. El chango conmigo, en el carro; me ayudará como mulerito. Ya lo ha hecho otras veces... ¡Dios quiera que este año nos vaya bien!...

La muchacha dijo:

—Hay noticias que quizá este año la cosecha se atrase un poco.

—¿Cómo?... —dijo Méndez.

—Por los cañeros... Todavía no han arreglado con los ingenios.

Camilo terminó de comer y pasó la olla al hijo mayor de los Méndez.

—¡Malo... malo! —dijo el padre prendiendo un cigarrillo.

La muchacha alzó los hombros.

—Lo siento —dijo ella como defendiéndose.

—Hay queso y moriadela —agregó la madre.

—No, gracias —dijo Camilo con timidez.

Méndez seguía en silencio. Pensaba, mientras cerraba el ojo izquierdo obligado por el humo del cigarrillo que tenía en la comisura de los labios. Con el ojo abierto miraba hacia el vacío, hacia ninguna parte, como si tratara de penetrar en el futuro.

De pronto la muchacha dijo:

—Tengo naranjas.

Y abrió una alforja colorada con bordados y borlas de lana y comenzó a repartir las frutas.

Cuando recibió la suya, Camilo recién se dio cuenta que la muchacha tenía dos trenzas y un vestido overito.

—Gracias —dijo y, avergonzado por haber sido sorprendido por la mujer de Méndez, bajo los ojos.

## 14

Méndez dijo:

—Hay tiempo de tomar unos mates. Luego haremos una siesta cortona y nos pondremos en camino para que así podamos llegar a Simoca a la nochecita.

La pava hervía en el rescoldo y por el pico dejaba escapar un chorro de vapor. La mujer de Méndez sacó unas empanadillas de una bolsa de lienzo y se las repartió a los chicos, que se fueron a jugar en la arena de la playa. Después comenzó a cebar en silencio.

Camilo permanecía callado.

Méndez lió una chala con paciencia contenida. Cuando acabó miró al cielo y dijo:

—Pronto va a comenzar el frío. Dios quiera que las heladas no vengan rápido.

Prendió el cigarrillo con un tizón chiquito, le dio una chupada, tragó el humo y lo fue largando despacito.

El silencio crecía cada vez más. La mujer de Méndez alcanzó un mate a la muchacha y ella también observó el cielo y dijo:

—Se viene el invierno. Allá va una bandada huyendo de los fríos.

La muchacha levantó los ojos y miró los pájaros que se perdían a lo lejos.

—Volverán cuando ustedes vuelvan a sus pagos —dijo.

—Cuando comience el calor —precisó Méndez.

En la arena, los chicos habían construido un "hornito" y gritaban. Ahora preparaban las "empanadas" y "el pan", con un barro duro que sacaban de la orilla. Después se habían prometido que jugarían a las visitas.

—Pero hay algunos que no volverán ni en el invierno ni en el verano —insistió la muchacha con tristeza.

—¡Por Dios! —dijo santiguándose la mujer de Méndez—. No diga agüerías que a veces se cumplen.

—No lo digo por ustedes, sino por la mujer del ciego.

—¿Por quién? —preguntó Méndez.

—La mujer de una historia que ocurrió hace poco, aquí en Los Gómez, de donde soy yo.

Méndez avivó la brasa de su chala, soplándola y quitándole la ceniza con la uña de su dedo meñique.

La muchacha comenzó a contar la historia y todos se acomodaron para oír mejor. Era una historia cierta, ella daba fe que así había sucedido, que ella conocía a los protagonistas...

Tenía la voz empañada y movía la cabeza de un lado para otro como si este vaivén le trajera de vuelta a la memoria rostros familiares, escenas borrosas o voces conocidas.

La pava había dejado de sonar y el humo del rescoldo se aplastaba tristemente.

La muchacha suspiró y prosiguió su relato: "Había dos hermanas mellizas, idénticas en todo, en el color del pelo, de los ojos, en la manera de hablar, en los modales... Eran tan parecidas que hasta los mismos padres, a veces, tenían dificultad para reconocerlas y las obligaban a que una se peinara de un modo y la otra, de otro. Pero ellas se burlaban cambiándose el peinado y las ropas.

"Cuando fueron mozas, un domador y arreglador de mulas se enamoró de una de ellas, la pidió y se casó. Las mellizas tenían, entonces, quince años.

"Al poco tiempo el domador quedó ciego. Un potro lo tiró contra unos palos; allí dio con la cabeza y quedó desmayado. El desmayo duró mucho tiempo; apenas se sabía que vivía por la respiración; sin embargo, parecía dormido.

"Cuando el domador se despertó estaba ciego. Y como no podía ver se volvió rabioso y comenzó a fastidiar a su mujer. Además de ciego se volvió pobre.

"Como la mujer no podía soportar los malos tratos y el hambre, una noche se fue con un turco mercachifle.

"Su hermana siempre había estado enamorada del domador ciego, pero como era muy buena y quería a su melliza jamás había dicho nada a nadie; ni aun los padres conocían cuál era su verdadero sentimiento.

"Cuando llegó la noche, sabiendo que el domador iba a sufrir mucho al enterarse de que lo habían abandonado, se metió en la cama del ciego y fue su mujer.

"Desde entonces hizo todo en la casa: como su hermana; cocinaba, lavaba la ropa y se ocupaba en las casas vecinas para ganar unos pesos. En silencio sufría el mal humor del hombre, que se emborrachaba cada vez más seguido. Pero con paciencia y dulzura lo fue convenciendo que para toda desgracia siempre hay un remedio.

"Ahorrando centavito tras centavito le compró una guitarra. El domador ciego tenía una linda voz y pronto lo llamaron para los bailes y así se ganó la vida.

"Poco a poco las cosas se compusieron y llegó un momento en que no hubo necesidad de que la melliza se conchabara. El ciego dejó de tomar y de renegar y se fue resignando a su suerte. Pero entonces ocurrió que regresó la otra hermana..."

La muchacha hizo una pausa. A lo lejos gritó un tero.

—¿Y entonces? —dijo la mujer de Méndez que había de-  
jado de cebar.

—¿Y entonces? —dijo la mujer de Méndez, que había de-  
contó lo que había hecho. La mujer verdadera comprendió  
que ya no podía seguir viviendo con el ciego porque su her-  
mana se había vuelto diferente y si ella se quedaba en su  
lugar el hombre se iba a dar cuenta que no era la misma,  
porque el tiempo la había hecho *otra*.

"Y para no hacer sufrir al domador ciego volvió a hacer  
un atado con su ropita, besó a su hermana y se despidió llo-  
rando y se marchó..."

Cuando la muchacha se calló todos quedaron pensativos.  
Méndez quiso chupar su cigarrillo, pero éste ya no tenía fue-  
go. Lo dejó caer y lo aplastó con la alpargata.

Y entonces dijo:

—Cuando se vuelve, siempre se vuelve diferente...

## 15

—¡Crisóstomo!... ¡Genoveva!... —gritó la mujer de Mén-  
dez.

Los chicos dejaron de jugar en la arena y vinieron de  
mala gana.

—¡Ayúdenme a poner las cosas en el carro! —les dijo.

—¿Qué nos vamos? —preguntó uno de ellos.

—Nos vamos... —le contestó la madre.

—Él dijo que pasaríamos la siesta y cuando el sol...

—El sol ya está bajo... —lo interrumpió la madre.

Juntaron las cosas de mala gana, las metieron en una  
bolsa y las pusieron en el carro. De tanto en tanto miraban  
hacia la playa donde había quedado el "hornito de arena".

—Ahora, pasen el río con cuidado —dijo Méndez—. Des-  
pués, con Camilo, llevaremos el carro. Genoveva —le dijo a  
la chica—, dale la mano a tu madre. Y vos —le dijo a Crisós-  
tomo— ya sos grande; tené cuidado.

La muchacha tomó al niño de la mano y lo llevó hacia el vado. Los cuatro comenzaron a cruzar. En la playa, Méndez se paró a mirar poniéndose la mano sobre los ojos, como una visera, para cubrirse del sol que comenzaba a declinar hacia el oeste.

Y pasaron el vado lentamente. Con sólo verlos caminar, y por la forma cómo perdían el equilibrio se podía advertir dónde, en el lecho, había piedras, y dónde empezaba la arena fina.

En un momento, la muchacha trastabilló y se mojó el vestido, que lo llevaba levantado mucho más arriba de la rodilla.

Crísóstomo también perdió pie y el agua le subió hasta cerca del pecho. Desde donde estaba Méndez se escuchaban los regaños de la madre y la risa de la hermana.

Al fin llegaron a la otra orilla. Entonces Méndez comenzó a preparar las mulas. Él y Camilo se arremangaron los pantalones.

—¡Ponete a la par de la delantera, Camilo! —le gritó.

Taloneó su sillonea y se metió en el vado mientras animaba a las otras con largos besos, gritos de cariño o haciendo restallar su látigo por encima de las cabezas. Al pañuelo se lo había atado en la frente, como los domadores. Se había quitado la camiseta y, sin los estribos, taloneaba con los talones desnudos. Al entrar al agua redobló sus gritos:

—¡Vamos! ¡"Engreída"!... ¡"Macho Solo"!... ¡"Pícarita"!... ¡No seas floja, "Flor del Campo"!'

El caparazón del carro se lanzó ahora con fuerza, cuesta abajo. La arena fue frenando las ruedas lentamente. Las mulas afirmaron las manos, hicieron fuerza y el carro penetró el río lentamente.

Camilo corría a la par, pero un poco atrás, de la mula cadenera. Había cortado una varilla de mucho para ayudarse.

A las mulas, el agua les llegó hasta el encuentro, pero siguieron tirando. Cuando ya iban a salir a la orilla el carro hizo un ruido seco y se clavó en la arena. Fueron en vano los gritos de Méndez y sus latigazos. Las venas de las mulas y las cadenas se ponían tensas, el caparazón crujía, pero el carro seguía clavado.

Para desgracia, con el esfuerzo, la delantera se corrió hacia la izquierda, metió una mano en un pozo de arena blanda y cayó. Allí quedó acezando, mientras el agua le llegaba hasta cerca del espinazo. Camilo comenzó a tironearla para que se levantara, pero no consiguió nada.

Ató las riendas en la vara y se largó del carro.

—¡Floja de mierda! —dijo y él también trató de levantarla. La mula esta vez tiritó y cabestreo con dureza esquivando la mano de Méndez. Al verla así, éste se quedó pensativo, dio una vuelta alrededor del animal y la desató. Después trató de nuevo de levantarla, pero todo fue inútil: la mula seguía tiritando.

—¡Lo único que me faltaba! —dijo para sí Méndez— Se ha mocado la infeliz. ¡Camilo! —gritó luego— Decíle a las mujeres que te ayuden a descargar el carro y con el chango traeme después muchas ramas de suncho para meterlas entre la huella y la llanta.

Y comenzaron a descargar. Llevaron a la orilla, pacientemente, todas las cosas: los colchones, las mantas, los catres, la jaula del calchalero, las ollas...

Cuando el carro estuvo vacío, Camilo se metió en un sunchal vecino, acompañado por Crisóstomo, y después de un largo rato aparecieron con grandes brazadas de ramas.

Méndez trató de colocar las ramas bajo la rueda pero la corriente las quitaba en seguida.

—¡Traigan piedras! —gritó.

Camilo y el muchacho se pusieron a buscar piedras, pero las que encontraban eran chicas, del tamaño de la mano. Con ellas llenaron tres bolsas.

Debajo de las llantas Méndez puso las ramas y luego las apretó con las bolsas de piedras. Y se quedó mirando un rato a ver si esta vez el agua se las llevaba. De pronto dijo:

—¡Rápido!

Y de un salto montó en la sillonera y comenzó a talonearla, animando a los otros animales con los gritos de costumbre.

Camilo y el muchacho, con dos grandes palos, sostenían el colchón de ramas y piedras y luchaban para que el agua no lo arrastrase.

El carro comenzó a moverse lentamente. En la orilla las mujeres miraban asustadas. Las mulas resbalaban en el lecho pedregoso del río y buscaban con las manos algo firme donde hacer pie para apoyarse y tirar mejor.

Al fin el carro se levantó lentamente del lado de la rueda hundida y avanzó un poco. Las mulas, al sentir que el peso aflojaba, redoblaron sus esfuerzos. Méndez gritaba y descargaba el látigo, como enloquecido. Al fin comenzó a avanzar lentamente y salió a la playa.

Méndez se dejó caer de la montura respirando agitado. Estaba empapado hasta la cintura. Desde el río, la mula caída miraba a los viajeros con ojos húmedos y tristes.

—¡Carguen rápido! —dijo Méndez—. ¡Nos vamos!

—¿Y la mula? —preguntó Camilo.

—Ya veremos —dijo Méndez.

Cuando las cosas estuvieron otra vez arriba subieron las mujeres.

—Subí vos, Camilo —dijo Méndez alcanzándole el látigo—. Manejá un rato, que yo ya te alcanzo.

Camilo se quedó parado sin saber qué hacer.

—¡Te digo que manejes vos! —le gritó Méndez nervioso—. Después yo los alcanzo.

El carro arrancó lentamente. Las mulas estaban casi reventadas. Subieron repechando la cuesta y salieron a un recodo. Allí Camilo disminuyó la marcha y dejó que los animales fueran al paso. Después los detuvo y esperó.

Pronto vio que Méndez venía por el recodo con el cuchillo en la mano. Frente a unos yuyos se detuvo y lo limpió para después ponérselo otra vez en la faja.

—¿Y la mula? —preguntó Camilo.

Pero Méndez nada dijo, sino que se encogió de hombros.

Camilo se acurrucó sobre una de las varas y apoyó la espalda en las maderas de la caja. Las mujeres, mientras el carro se alejaba, miraban hacia atrás sin atreverse a preguntar.

Anduvieron cerca de media hora. Méndez apretaba los labios y Camilo miraba pasar los alambrados, amodorrándose con el trotcito monótono de las mulas y con el vaivén del carro.

De pronto Méndez se detuvo, se bajó y se puso a cinchar su sillonera.

Camilo se dejó caer y se le arrimó lentamente. Entonces vio que el hombre tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Qué pasal —gritó la mujer de Méndez.

—¡Nada! —le contestó éste, limpiándose la nariz con el dorso de la mano.

## 16

Un hombre estaba sentado bajo un viejo ceibo, a la orilla del camino. Al ver que el carro se acercaba se incorporó y comenzó a hacer señas con un paraguas que tenía en la mano derecha. Vestía un traje oscuro y llevaba un sombrero de fieltro gris, algo requintado sobre la frente.

Méndez tiró de las riendas y los animales se detuvieron. El impulso que llevaba el carro los obligó todavía a caminar unos metros.

—¿Van a Simoca? —preguntó el hombre del paraguas.

—A Monteros... —le contestó Méndez.

—¿Pero tienen que pasar por Simoca?...

—Seguro...

—¿Pueden llevarme?...

—Suba, compadre...

El hombre no se hizo rogar. Trepó por los rayos de una de las ruedas, cruzó la pierna y de un salto se metió en el cajón del carro. Antes de saltar, con un gesto ridículo, se quitó el sombrero para saludar a las mujeres. Después se acomodó sobre el borde de la derecha como si estuviera apoyado en una balaustrada y se puso a mirar el campo.

Méndez animó las mulas y el carro dio un cimbrón. Pero el recién llegado no se movió. Eso sí: se sujetó el sombrero, ajustándose lo aún más sobre la frente.

Las mujeres se pusieron a conversar entre ellas. De rato en rato miraban al hombre del paraguas y sonreían.

Al fin el hombre dijo:

—¿De dónde vienen?...

—De Santiago... —le contestó Méndez sin volver la cabeza y sin dejar de mirar hacia adelante, sobre la huella.

—¿De qué parte?

—De La Donosa, siete leguas más al Norte...

—Conozco... —dijo el hombre del paraguas.

—¿Es usted gallego?... —se aventuró a preguntar Camilo.

—Dios me libre... Castellano.

—¿Y eso?

—De España, pues, hombre...

—Ya decía que era gallego —dijo Camilo.

Las mulas largaron otra vez su trotecito parejo aprovechando que se había compuesto el camino.

—Y usted, ¿a dónde va? —preguntó Méndez.

—Le dije que a Simoca... —le contestó el recién llegado, con gesto visible de fastidio.

—¿Y qué va a hacer? —insistió Méndez.

—A la feria...

—¿Vende algo?

—Por ahora nada. Anoche perdí mi valija con mercaderías, en una mesa de monte...

—¿Entonces?...

—Ya sabré cómo arreglármelas.

—¡Ajá! —dijo Méndez y guardó silencio.

Así anduvieron un rato sin decir palabra. El viento había cambiado y ahora seguía el rumbo del carro. La tierra que levantaban las patas de las mulas y las ruedas lo envolvió todo. Las mujeres se taparon la cara con los pañuelos y se cubrieron las cabezas con trapos que sacaron de unos atados. El Gallego Ambulante comenzó a toser.

—¡Maldita sea!... —decía entre ahogo y ahogo.

De pronto el camino hizo un recodo y otra vez el viento sopló de costado llevándose la tierra. Cuando la niebla se despejó, el Gallego Ambulante tenía la cara blanca. Las mujeres lo miraron y se rieron.

—Si ustedes se vieran —dijo el hombre con fastidio.

Las mujeres se callaron. Después se miraron unas a las otras y más luego a los chicos. Todos, finalmente, largaron las carcajadas. El Gallego también se rió.

—¿Qué pasa?... —preguntó Méndez.

—Si les viera las caras a sus comadres —dijo el Gallego.

Camilo se incorporó tímidamente, miró a los chicos, a las mujeres y también se rió. Las risas iban en aumento cuando un hombre salió de una encrucijada. Iba montado en un caballo peruano, llevaba en la montura caronas de tigre y la silla con enchapaduras de plata. Con un barbijo negro sujetaba un gran sombrero, un ovejuno bien aludo.

Largó el caballo sobre el carro y lo rayó a unas cuartas de la sillonería de Méndez.

—¡Paren! —gritó.

—¿Qué pasa, compadre? —le preguntó Méndez.

—¡Viva la huelga! —gritó el hombre del sombrero aludo.

—¡Que viva!, así será... —dijo Méndez resignado.

—¿Dónde van?

—A Simoca...

—Hay que ir a la concentración —dijo el jinete.

—Hay que ir a la concentración —repitió Méndez.

—¡Viva el Partido Agrario! —dijo el jinete.

—¡Que viva! —volvió a repetir Méndez siempre con desganado.

—¡Abajo las chimeneas!

—¡Abajo!...

—¡Vivan los cañeros!

—¡Que vivan!...

—¡Viva Nariño!

El hombre del sombrero aludo dio un grito, tiró las riendas de su caballo, golpeó las caronas con un rebenque cortón y se perdió en uno de los caminos de la encrucijada.

—¡Hay huelga!... —dijo pensativo el Gallego Ambulante.

—Parece... —dijo Méndez.

—La feria va a estar mala...

—Va a estar mala.

En el cajón, las mujeres conversaban en voz baja. Cuando el carro se puso en marcha, la de Méndez suspiró.

## 17

Media legua más adelante, de una casa salieron otros jinetes. Iban varias mujeres, unas montaban de *costado* y a las otras las llevaban enancadas. Todos, o casi todos, llevaban en sus manos *colas* de cañas.

Esperaron el carro. Una vieja gritó:

—¡Viva la huelga!

Méndez sofrenó las mulas.

—¡Que viva! —dijo.

—¿Dónde van? —preguntó la vieja.

—A Simoca...

—¿Pueden llevar a algunas personas?

—Pocas... dos o tres... He perdido una mula y el carro va muy cargado.

—Las que sean —dijo la vieja—. Vamos a la concentración de Simoca. Hay huelga. No vamos a comenzar la cosecha hasta que los ingenios no paguen lo que pedimos. ¿De dónde vienen?

—De Santiago. Vamos a Monteros, a "Finca Luisa".

—La huelga va a ser larga —dijo la vieja en tono sentencioso.

—Qué le vamos a hacer —dijo Méndez, resignado—. Habrá que tener paciencia. ¿Cuántos son los que tienen que ir?

—Estos tres muchachos —dijo la vieja.

De un rancho salieron tres muchachos. Dos de ellos no pasaban de los veinte años; el otro, apenas si llegaba a los catorce, pero ya usaba *traje de hombre* y chambergo negro. Se veía que el chambergo era nuevo.

—Que suban —dijo Méndez.

Subieron al carro, pero se quedaron los tres juntos en la parte de atrás. Antes de subir uno de ellos saludó tímidamente:

—Unas buenas tardes...

El carro emprendió la marcha rodeado por la caballada. Taloneando su tordillo, la vieja se puso a la par de Méndez.

—Este año va a ser duro para el campo —le dijo a Méndez—. Pero ya no es vida. Ahora nadie sabe cuánto van a pagar por los mil kilos. Después, como siempre, nos liquidan lo que ellos quieren. El año pasado el Santa Rosa pagó seis pesos por la tonelada y luego vendió los cien kilos de azúcar a sesenta y cuatro.

Esgarró y escupió a un costado. Después se pasó la lengua por los labios resecos.

—Nosotros tenemos —dijo— doscientos surcos escasos, que los trabajamos con mi nieto, el más jovencito de los que acaban de subir al carro, una hija viuda y mi hijo mayor.

Una pareja de cobayos del cerco cruzaron chillando por el camino. En la tierra floja y reseca quedaron las huellas de las patitas. Algunos caballos resoplaron prevenidos.

—¡Ingenios sin entrañas! —agregó la vieja—. Adelantan unos pesos a cuenta de la cosecha. Después hacen las cuentas como ellos quieren y siempre les quedamos debiendo. Cuando quieren ajustarnos nos ponen esos turnos para el cargadero; primero la caña de ellos, de los amigotes de ellos, pescados grandes. Y el pobre, siempre al último. Cuando nuestra cañita llega al canchón, llega más seca que mi cuero...

De otros ranchos salieron más jinetes gritando. Uno tenía una tacuara en una de cuyas puntas había atado un penacho de maloja. Se juntaron en silencio y se saludaron con un movimiento de cabeza y tocándose con la mano el ala del sombrero.

La vieja siguió rezongando:

—...Y cuando las hipotecas no se pueden pagar se quedan con la tierra. En Famaillá, se han quedado con las mejores propiedades. Pero este año, si es necesario vamos a incendiar los cañaverales...

Un muchacho que marchaba delante se paró en los estribos y gritó:

—¡Abajo las chimeneas!

—¡Abajo! —gritaron todos.

—¡Vivan los cañeros chicos!

—¡Vivan!

—¡Muera el privilegio!

—¡Muera!

El que había gritado tenía la voz enronquecida.

—Ése es mi otro muchacho —le dijo la vieja a Méndez—. Esta noche acamparemos en Simoca. Mañana nos vamos a concentrar en Monteros. Después seguiremos viaje a Tucumán. Les vamos a meter treinta mil caballos en la Plaza Independencia. Y ahí nos quedaremos hasta que el gobierno obligue a los industriales a que nos paguen lo que nos deben.

Mientras escuchaba el rezongo de la vieja, Méndez pensaba en Camilo, en su mujer y en los chicos.

## 18

A la entrada de Simoca el carro y la caballada se detuvieron. La polvareda, que los venía siguiendo como la cola gaseosa de un cometa, los envolvió a todos. Cuando la niebla se disipó, Méndez se despidió de la vieja.

—Aquí nos quedamos, señora —le dijo—. Acamparemos para seguir viaje mañana.

—Los esperamos mañana en la villa —dijo la vieja.

—Tenemos que llegar a Monteros.

—Nosotros también. Allí habrá otra concentración.

—Necesito saber qué dice mi patrón.

—En el campo no va a quedar ni un alma —dijo la vieja porfiada.

—Primero tengo que llegar a "Finca Luisa" —dijo Méndez un poco fastidiado.

La vieja lo miró. Después taloneó el caballo y partió al galope.

Camilo vino:

—¿Qué te dijo? —preguntó.

—Quería que fuéramos a la concentración de mañana.

—¿Iremos?

—Tenemos que llegar a Monteros. Después veremos. Se nos están acabando las cosas de comer y también la plata.

Méndez se volvió y les gritó a los que estaban en el carro:

—¡Abajo todos! ¡Ayúdenme con las mulas! Pararemos en el campito de enfrente.

Vinieron los chicos, después la madre y más tarde el Gallego Ambulante.

—Señor —dijo éste último—. Pues yo me marcho. Estoy a pocas cuadras...

—Como quiera, don... —le contestó Méndez mientras aflojaba la cincha de su sillonería.

El Gallego Ambulante se despidió de Méndez, de su mujer, de Camilo y de la muchacha que iba a ocuparse en Simoca, luego se lanzó al camino. De trecho en trecho se detenía para saludar con la mano y con el paraguas. Cuando estuvo a punto de perderse en un recodo se quitó el sombrero e hizo una gran reverencia. Entonces los chicos gritaron y luego reinó un grave silencio.

—Yo también me voy —dijo la muchacha.

Extrañada, la mujer de Méndez le preguntó:

—¿Y por qué no se fue con él, entonces?...

—Prefiero caminar sola —le contestó la muchacha—. Luego dijo—: Muchas gracias, señora —y la besó en la mejilla. Los chicos se quedaron tristes. La mujer de Méndez la abrazó.

Ella, luego, se arrimó a donde estaba Camilo ayudando a Méndez a desatar las mulas. Estirándole la mano dijo:

—¡Adiós!...

Con vergüenza, Camilo le contestó:

—¡Adiós!...

—Que tenga suerte... —dijo Méndez soltando el correón de una cincha y luego apretando la mano de la viajera.

Ella levantó su atadito, se puso el pañuelo en la cabeza, anudándolo fuertemente debajo de su barbilla, y comenzó a caminar alejándose del carro, como si evitase caminar ligero para no alcanzar al Gallego Ambulante.

Antes de perderse en el recodo, los chicos le gritaron. Camilo y Méndez se quedaron mirando largo rato. Pero ella ya había desaparecido.

Méndez dijo de pronto:

—Camilo: no sé por qué se me ha puesto una cosa en la cabeza.

—¿Qué cosa?... —dijo Camilo.

—Que esta muchacha es la mujer del ciego, del domador ciego...

Camilo se quedó pensando. Luego dijo:  
—Puede ser... Todo puede ser...

## 19

Al otro día, con el sol alto, se pusieron camino de Monteros.

Al pasar por Simoca quisieron ver cómo "estaba la huelga".

Cuando el carro comenzó a rodar por las calles, los chicos abrieron muy grandes los ojos para no perderse nada.

Con el sombrero sobre los ojos, Méndez silbaba bajito.

En las esquinas había corros de gente, tanto de a pie como de a caballo. Al pasar el carro, los grupos se quedaban mirándolos.

Los boliches estaban abiertos. A veces, en el interior de uno de ellos, estallaba el grito de un borracho que vivaba la huelga.

De la puerta de otro almacén salía el vaho de una música melancólica tocada por un bandoneón, un violín, un arpa y una guitarra; lentamente el bombo se incorporaba al conjunto. Cuando pasaron frente al negocio la música se hizo más fuerte.

Méndez miró a Camilo y le guiñó un ojo.

Camilo se rió.

Varias mujeres, algunas de luto, con mantas en la cabeza, pasaron frente al almacén. Salieron dos hombres y les dijeron cosas. Una de ellas, la más vieja, se volvió y les contestó algo. El hombre enrojeció primero, luego se quedó triste. El que lo acompañaba comenzó a reírse con grandes ademanes.

Del almacén salieron otros parroquianos y le hicieron coro.

—Cuando hay feria —dijo Méndez— los vendedores saben poner aquí los puestos.

—Pero ahora no hay nadie —dijo Camilo.

—Es la huelga —dijo Méndez con gravedad.

Fue entonces cuando una caballada dobló la esquina. Al frente de ella venía el hombre del caballo peruano. Esta vez vestía todo de negro: botas, bombachas, casaca, sombrero aludo y hasta el pañuelo del cuello.

Al sentir el tropel la gente salió a las veredas. Alguien levantó una botella y gritó:

—¡Viva don Salustiano Nariño! ¡Vivan los cañeros! ¡Viva la huelga!

El hombre frenó su caballo peruano y levantó la mano al resto de la caballada en señal para que se detuvieran.

Los de la caballada gritaron: "¡Viva!..."

El hombre del peruano se paró en los estribos y saludó con el sombrero en alto.

El carro de Méndez pronto se vio rodeado de jinetes. Entre ellos había varias mujeres. Una montaba una yegua vieja y flaca, y tenía en la mano una sombrilla para defenderse del sol cuando éste se pusiera fuerte; la llevaba cerrada y ahora la usaba como rebenque para apurar al animal que siempre se quedaba retrasado "haciéndola tragar tierra".

El hombre del caballo peruano se adelantó hacia Méndez con el sombrero en la mano todavía.

—¿Otra vez amigo? —le preguntó.

—Otra vez, señor —le contestó Méndez, quitándose a su vez el sombrero.

—Tendrá que demorarse un poquito —dijo el hombre del caballo peruano—. Salimos en seguida. Nos vamos todos y necesitamos que nos ayude, de nuevo. Cuantos más vayamos, más fuerzas haremos para que el gobierno nos oiga. No creo que se niegue a ayudar a los pobres... Usted es pobre... Usted es de los nuestros...

Méndez levantó la cabeza y lo miró a los ojos. El hombre del caballo peruano tenía una sonrisa dulce y la mirada bondadosa. Era moreno, algo cargado de espaldas y montaba un poco al través, levantando el hombro izquierdo.

—Así será, señor —dijo Méndez.

—¡Gracias! —le dijo el jinete tendiéndole la mano—. Pero llámeme Nariño a secas.

La caballada se alejó y Méndez se quedó mirando la mano que acababa de estrechar el hombre del caballo peruano.

Camilo le preguntó:

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Nariño... —le contestó Méndez, pensativo.

Luego se bajó del carro y miró por donde se acababan de ir los jinetes. En la esquina de nuevo se habían detenido.

En ese momento sonó el toque de un clarín, agudo y destemplado. Las gentes abrieron los balcones y muchos salieron a las veredas.

La caballada se arremolinó.

El hombre del caballo peruano se abrió paso gritando con el sombrero en alto:

—¡A Monteros!... ¡A Monteros!... ¡Viva la huelga!...

## 20

Los huelguistas acamparon a lo largo de las vías del ferrocarril. Allí improvisaron fogones y asadores. Un grupo de Los Sosas los esperaba ya con dos terneras y empanadas. Eran más de mil, pero no quisieron entrar en Monteros hasta no recibir órdenes.

En la estación ferroviaria, Nariño y los otros dirigentes se comunicaban con Tucumán. El gobierno seguía estudiando las proposiciones y debía decidirse la situación de un momento a otro. En caso de intransigencia se avanzaría sobre Famaillá. Allí los esperarían otras concentraciones. Después, sobre Tucumán, con diez mil jinetes que podrían ser una razón suficiente para convencer al más testarudo.

Méndez se despidió de la gente que había traído en su carro y comenzó a arreglar sus cosas. Ató las mulas, cargó los chicos y la mujer. Se disponía a montar cuando vio que a su lado estaba el peruano de Nariño.

—¿Qué está haciendo, amigo? —le preguntó éste.

—Ya le dije. Tengo que estar en "Finca Luisa".

—Pero si nadie trabaja...

—Pero yo he dado mi palabra.

—Quédese un día más, hasta mañana. Esta noche vamos

a tener noticias.

Méndez pensó un poco.

—Podría ser... —dijo.

—Si las cosas se ponen fieras vamos a necesitar hasta de las carretillas para acarrear la gente hasta Tucumán.

—Pero... —intentó decir Méndez.

—No hay pero que valga. Si perdemos se tendrá que volver a Santiago tal como se vino. Espere, mientras tanto...

Méndez no dijo nada. Después, lentamente, sacó un pie del estribo y le gritó a Camilo.

—¡Soltá las mulas otra vez! ¡Que se bajen todos!

El hombre del caballo peruano sonrió, se tocó el ala del sombrero y clavando las espuelas al animal arrancó. Al pasar le dijo a Méndez:

—¡Gracias, otra vez!

El caballo pasó rozando al santiagueño, bordeó el terraplén y salió al camino, donde soltó el braceo largo, espaciado y elegante.

## 21

Pasaron dos días y tampoco llegaron noticias de la ciudad. Nariño iba y volvía de la estación al lugar del campamento. Aquellos que eran de los alrededores se habían ido a sus casas con la promesa de regresar a la concentración cuando fuera necesario y cuando se los llamara.

De noche se veían las fogatas al borde de la vía. Los trenes pasaban despacio y los huelguistas aprovechaban la ocasión para charlas con los pasajeros, gritar contra el gobierno, en contra de los ingenios y vivir la huelga.

Al tercer día, alguien dijo que había que hacer una manifestación por las calles.

Por la noche el frío apretaba y no daban abasto ni las mantas ni las fogatas. Muchos fueron a buscar refugio en las casas; los más pobres, en los ranchos. Un puñado solo, de obstinados, se quedó junto a las vías.

Nariño vio que la gente se le desgranaba. Entonces dio la orden:

—¡A caballo! ¡A la villa! Haremos un poco de ruido.

Alguien gritó:

—¡A Santa Rosa! ¡Al ingenio!

—¡No! ¡Al ingenio, no! —respondió Nariño.

Otros gritaron:

—¡A la villa! ¡Que viva la huelga!

Y entraron en Monteros, cansados, muertos de frío. Eran trescientos, los más obstinados. La gente salió a las puertas para verlos pasar. Algunos aplaudían y coreaban los vivos y los muertas.

Los chicos seguían a los primeros caballos, mirando a los jinetes con envidia.

Dieron dos vueltas a la plaza. En una esquina habló Nariño, alentando a seguir la lucha. Después hablaron seis más.

Cuando se terminaron los discursos, la columna se puso en marcha hacia el campamento.

Salieron al camino que lleva a Santa Rosa. Nariño había enronquecido de tanto gritar, pero apenas conseguía mantener el entusiasmo de la gente. Sabía en el fondo que si las cosas duraban más de cuarenta y ocho horas todo podía derumbarse.

## 22

Alguien desvió la columna por el callejón que llevaba al ingenio. Adelante iba Justino, con su clarín abollado y su uniforme viejo. El uniforme sólo se lo ponía en las grandes ocasiones. El clarín era regalo del coronel Valdez, que había peleado con Roca durante la campaña del Desierto.

El coronel Valdez le había dicho:

—Justino: un día te voy a llevar conmigo a Buenos Aires y desde allí volveremos a la pampa. Serás mi trompa de órdenes. Si vuelve el salvaje te mandaré a buscar. Hay que estar listo.

Y el inocente de Dios estaba siempre listo.

Los 25 de Mayo y 9 de Julio, en la procesión de la Virgen de las Mercedes y para Año Nuevo tocaba "Atención" en su clarín. En la procesión, antes de que pasaran las andas y el mar de gente llegara a alguna esquina, Justino se cuadraba ante la "Señora", le hacía la venia y tocaba "Atención". Entonces, recién la procesión pasaba.

Antes de las fiestas Justino pulía su clarín. En esos momentos se acordaba de que el coronel Valdez le solía contar del general Roca, de la batalla de Choel-Choel, del griterío de la indiada, del llanto de las cautivas, de las órdenes y de las palabrotas en medio del entrevero.

A veces se confundía, porque ahora su cabeza mezclaba todo, sus recuerdos, lo que el coronel Valdez le había contado, con sus deseos. Entonces se veía al lado del coronel Valdez, tocando: "¡A la carga!", envuelto en el humo de las tolderías incendiadas.

Como en sueños, también se acordaba de que, cuando era niño y vivía su madre, habían traído varias indias para reducir las. Unas estaban en casa de los García. Allí hacían las cosas. Su madre, que lavaba en la casa, no lo quería llevar y le contaba que a las indias les gustaba comer carne cruda, que eran muy sucias, que apenas se entendía lo que hablaban y que después se murieron de viruelas, contagiándose unas a otras.

Don Salustiano, ahora, le había dicho que debía tocar el clarín durante la huelga. Don Salustiano no era el coronel Valdez, pero él, Justino, tenía que ejercitarse.

En una mulita oscura, que don Salustiano había ordenado que le dieran, andaba a su lado todo el día.

¿Debía hacer de cuenta que don Salustiano era el coronel Valdez?

—Tocá "¡Atención!", Justino —le decía don Salustiano Nariño.

Y Justino se paraba en los estribos de su mulita oscura, estiraba el cuello, se llevaba el clarín a los labios e, hinchando los carrillos que parecían que iban a estallar, lanzaba un requinto, agudo, destemplado y largo.

A veces pifiaba. Entonces las gentes se reían y él se enojaba.

Ahora, en la huelga, ponía especial atención para que no le vinieran las pifias, porque había gente no sólo de Monteros, sino de todos lados.

## 23

Cuando la columna desembocó en el callejón que lleva al chanchón del ingenio, adelante iba el Tuerto Serapio con una bandera argentina. Justino llevaba su corneta, apoyando la bocina sobre la cadera, y el brazo derecho en jarras. Iba orgulloso y trataba de que el paso de la mulita oscura no lo zangoloteara.

De tanto en tanto el Tuerto Serapio hacía flamear la bandera argentina. Entonces alguien gritaba:

—¡Viva la huelga! ¡Vivan los cañeros!

Y todos le respondían:

—¡Vivan!...

Justino se adelantó con su mulita oscura. Hizo señas para que la caballada se detuviera, pero nadie le hizo caso. Sin embargo, se paró en los estribos y con todo cuidado, para no pifiarse, tocó "Atención", como lo hacía en las procesiones.

Estallaron nuevos gritos:

—¡Abajo las chimeneas!

—¡Viva la huelga!

—¡Viva el cañero chico!

Cuando la columna desembocó en la encrucijada que está a tres cuadras del chanchón, un camión de bomberos cortó la calle. De él se bajaron diez soldados y un sargento. Cinco soldados hicieron "rodilla en tierra" y cinco se quedaron de pie. El sargento desenfundó un revólver de una gran cartuchera de cuero negro y avanzó hacia la columna. El Tuerto Serapio dejó de hacer flamear la bandera.

—¡Al ingenio, no! —gritó el sargento— ¡Vuélvanse!

Los soldados apuntaron con sus carabinas. Hubo un momento de vacilación.

El sargento volvió a gritar:

—¡Al primero que avance, lo bajo de un tiro!

Y levantó el revólver.

—¡Viva la huelga! —gritaron algunos.

El sargento gatilló su arma. Y entonces nadie contestó nada.

Justino se incorporó en su montura, se pasó la lengua por los labios, apretó fuerte la embocadura de su clarín y sopló con fuerza: "¡A la carga!".

Uno de los milicos que estaban haciendo "rodilla en tierra" creyó ver que los caballos avanzaban. Entonces apretó el gatillo. Justino cayó de su mulita oscura abriendo los brazos.

—¡Alto!... ¡Alto!... —gritó el sargento a los soldados.

Los caballos se arremolinaron en torno al caído. El "pobre de Dios" apretaba contra su pecho el clarín que le había regalado el coronel Valdez.

—¡Bárbaros!... —gritó una voz aguda de mujer.

—¡Asesinos!... ¡Asesinos!... —bramó la gente de la ballada.

El sargento se volvió al pelotón y dijo:

—¡Al camión!... ¡Vuelvan todos!

Sonó un disparo de revólver, pero ya los soldados y el sargento habían subido al camión y éste se lanzaba al camino.

Muchos se bajaron de los caballos.

Justino respiraba con dificultad. Comenzaban a empañársele los ojos. Las mujeres lloraban.

—¡Asesinos! ¡Hijos de puta! ¡Qué mal les podía hacer con su clarín!

Uno de los jinetes se acercó al herido.

—¿Justino, te duele? —le preguntó.

—No, mi coronel Valdez —dijo Justino.

—Te llevaremos al hospital.

—No es nada, mi coronel Valdez...

Alguien preguntó extrañado:

—¿Coronel Valdez? ¿No ves que es don Salustiano Nariño?

—Sí, mi coronel Valdez —dijo Justino con un vagido, apretando las mandíbulas en señal de porfía. Pero fue solo un instante; después las aflojó, como aflojó los brazos y todo el cuerpo.

Tenía apretado el clarín fuertemente con la mano izquierda, cuando lo llevaron al hospital.

## 24

En un rancho de la Villa Nueva velaron a Justino. Al velorio vinieron delegaciones de Los Sosas, Yerba Buena, Los Rojos y muchas otras partes.

Como la pieza donde estaba la mísera capilla ardiente era baja y estrecha quedaron en ella las mujeres rezadoras. Los demás se desparramaron por el patio de tierra, en la calle y en el fondo del rancho, donde había una viña raquítica sobre un espaldar de tacuaras.

Se conversó de la huelga. Había rumores de que podía arreglarse. Así decían, al menos, los mensajeros que iban y venían desde la estación ferroviaria.

Los diarios de la oposición pusieron el grito en el cielo, enjuiciaron al gobierno y pidieron justa reparación para el atropello y el crimen. Se habló hasta de levantar un monumento a Justino mediante una gran colecta popular. También se habló de ayudar a los familiares, que quedaban en la indigencia, pero de esto se olvidaron rápidamente cuando les dijeron que Justino era solo y que no tenía ni un pariente. Además, nadie sabía de dónde era y cómo había llegado, ni cuándo.

Al otro día lo enterraron en el lugar reservado para los pobres en el cementerio. Lo llevaron a pulso. El cura dijo un responso, bendijo el cajón con agua bendita y después hablaron varios. Durante el cortejo varios se pelearon por llevar las manijas del cajón. Al frente del acompañamiento iba lo mejor de la caballada y al frente de la caballada el Tuerto Serapio, con su bandera argentina.

En los discursos hubo algunas palabras de recordación para Justino, pero todos aprovecharon la ocasión para hablar mal del gobierno, de la policía y de los industriales.

Cuando volvieron del cementerio, se supo que el gobierno había emplazado en veinticuatro horas a los dirigentes para que levantaran el paro. Acababan de ser deportados de la provincia los dirigentes de la Federación Agraria que habían

venido para ayudar a los plantadores. El gobierno estaba resuelto a poner orden y el precio laudado sería el precio definitivo.

Toda esa noche se discutió si se levantaba o no la huelga.

Al día siguiente, sin esperar resolución alguna, diez o doce plantadores grandes comenzaron a tirar caña al ingenio Santa Rosa.

Entonces estalló la violencia. Dos carros fueron incendiados en la finca del doctor Pérez y los muleros fueron azotados. Tres horas más tarde, en Los Rojos ardieron dos cercos de caña.

El gobierno amenazó con pedir refuerzos al ejército.

A la semana siguiente la decepción se hizo aplastante. Cada vez era mayor el número de plantadores grandes que sacaban su caña de los cercos y la enviaban al canchón. Después comenzaron los plantadores medianos que ya no tenían miedo que les tumbaran los carros o que les incendiaran los surcos.

Finalmente los más chicos aceptaron resignados. Y en ese momento llegaron peones de Santiago, de Santa María y de Salta, para comenzar la cosecha.

Cuando supieron la noticia de que se había perdido la huelga, Méndez y Camilo se presentaron a don Salustiano.

—Nos vamos, señor —le dijo Méndez.

—Ya nada puedo hacer —le contestó el hombre del caballo peruano—. Tengo que darles las gracias. Ustedes, que no son de aquí y que no tienen tierras aquí, se han portado mucho mejor que aquellos que son nacidos en estos pagos y que tienen algo que defender.

—Sabemos que en "Finca Luisa" han comenzado la cosecha desde ayer. Si nos quedamos un poco más no encontraremos trabajo.

El hombre del caballo peruano les estrechó las manos. Luego se arrimó al carro, saludó a la mujer de Méndez y le dio un peso a cada chico.

El carro partió y Nariño se quedó largo rato saludando con el sombrero en alto. Después volvió su caballo y se alejó despacio, hasta que se hizo un punto en el camino y desapareció.

Méndez se puso a talonear su sillonería y a silbar alegremente mientras, en las huellas, el carro se bamboleaba y la caja crujió perezosa y rezongona.

## 25

Alderete, el capataz de "Finca Luisa", al verlos llegar comenzó a gruñir.

Méndez se defendió:

—Fue la huega... No nos dejaron pasar...

—Tengo casi toda la gente —dijo el capataz—. Si no fuera porque necesito el carro...

Se fijó en Camilo.

—¿Y éste?... —dijo.

—Un amigo... —tartamudeó Méndez y se apresuró a correr—: Casi un pariente...

El capataz vaciló. Luego dijo:

—Está bien. Vayan al galpón donde están los santamarianos y algunos otros comprovincianos de ustedes que acaban de llegar.

Y allí se acomodaron como pudieron, pensando que al día siguiente iban a acomodarse mejor. Tendieron las camas y se acostaron.

Esa noche, Camilo tuvo el primer ataque de "chucho". Pero entonces no se dio cuenta y creyó que era otra pesadilla como aquella que tuvo durante el viaje. En cambio, la mujer de Méndez lo despertó a la madrugada, cuando se dio cuenta que tenía mucha fiebre y que deliraba.

Esa noche, también, pidió permiso para pasar la noche en el galpón del Gallego Ambulante. Pero a la mañana siguiente volvió a seguir viaje sin hablar con nadie ni vender nada a nadie, a pesar de que llevaba un atado con mercaderías.

venido para ayudar a los plantadores. El gobierno estaba resuelto a poner orden y el precio laudado sería el precio definitivo.

Toda esa noche se discutió si se levantaba o no la huelga.

Al día siguiente, sin esperar resolución alguna, diez o doce plantadores grandes comenzaron a tirar caña al ingenio Santa Rosa.

Entonces estalló la violencia. Dos carros fueron incendiados en la finca del doctor Pérez y los muleros fueron azotados. Tres horas más tarde, en Los Rojos ardieron dos cercos de caña.

El gobierno amenazó con pedir refuerzos al ejército.

A la semana siguiente la decepción se hizo aplastante. Cada vez era mayor el número de plantadores grandes que sacaban su caña de los cercos y la enviaban al canchón. Después comenzaron los plantadores medianos que ya no tenían miedo que les tumbaran los carros o que les incendiaran los surcos.

Finalmente los más chicos aceptaron resignados. Y en ese momento llegaron peones de Santiago, de Santa María y de Salta, para comenzar la cosecha.

Cuando supieron la noticia de que se había perdido la huelga, Méndez y Camilo se presentaron a don Salustiano.

—Nos vamos, señor —le dijo Méndez.

—Ya nada puedo hacer —le contestó el hombre del caballo peruano—. Tengo que darles las gracias. Ustedes, que no son de aquí y que no tienen tierras aquí, se han portado mucho mejor que aquellos que son nacidos en estos pagos y que tienen algo que defender.

—Sabemos que en "Finca Luisa" han comenzado la cosecha desde ayer. Si nos quedamos un poco más no encontraremos trabajo.

El hombre del caballo peruano les estrechó las manos. Luego se arrimó al carro, saludó a la mujer de Méndez y le dio un peso a cada chico.

El carro partió y Nariño se quedó largo rato saludando con el sombrero en alto. Después volvió su caballo y se alejó despacio, hasta que se hizo un punto en el camino y desapareció.

Méndez se puso a talonear su sillonera y a silbar alegremente mientras, en las huellas, el carro se bamboleaba y la caja crujió perezosa y rezongona.

## 25

Alderete, el capataz de "Finca Luisa", al verlos llegar comenzó a gruñir.

Méndez se defendió:

—Fue la huega... No nos dejaron pasar...

—Tengo casi toda la gente —dijo el capataz—. Si no fuera porque necesito el carro...

Se fijó en Camilo.

—¿Y éste?... —dijo.

—Un amigo... —tartamudeó Méndez y se apesuró a correr—: Casi un pariente...

El capataz vaciló. Luego dijo:

—Está bien. Vayan al galpón donde están los santamarianos y algunos otros comprovincianos de ustedes que acaban de llegar.

Y allí se acomodaron como pudieron, pensando que al día siguiente iban a acomodarse mejor. Tendieron las camas y se acostaron.

Esa noche, Camilo tuvo el primer ataque de "chucho". Pero entonces no se dio cuenta y creyó que era otra pesadilla como aquella que tuvo durante el viaje. En cambio, la mujer de Méndez lo despertó a la madrugada, cuando se dio cuenta que tenía mucha fiebre y que deliraba.

Esa noche, también, pidió permiso para pasar la noche en el galpón el Gallego Ambulante. Pero a la mañana siguiente volvió a seguir viaje sin hablar con nadie ni vender nada a nadie, a pesar de que llevaba un atado con mercaderías.

SEGUNDA PARTE

El Ford daba tumbos por el camino polvoriento. Una gallina despavorida, que se dejó estar hasta último momento, voló de entre las ruedas, salpicando el aire con algunas plumas blancas. Luego fue envuelta por la nube de tierra. Una cabra, atada a un poste, sobre el camino, levantó la cabeza y baló largamente, como protestando.

Los hombres que iban en el Ford se rieron.

La mujer que lavaba en el ranchito, y que era dueña de la gallina, dejó la batea de madera sobre la cual estaba inclinada y salió al camino. Al ver que el animal volvía a la casa, caminando nerviosa y ayudándose, con largos cogotazos, a dar sus trancos de asustada, se tranquilizó secándose las manos en la pollera primero, y en el delantal mugriento, después.

Uno de los hombres que iba en el Ford bostezó.

—Ya van a ser las doce —dijo.

—Falta media hora de viaje para llegar al ingenio —dijo el otro.

—Este dinero me tiene sobresaltado.

—Pero a medio día, ¿quién se va a atrever?

—Por doscientos mil, hasta yo, que me muero de miedo cuando llego de noche a casa y hacen ruido, movidas por el viento, las palmeras del patio.

—Pues te vas a quedar con las ganas si es que te entra la locura —dijo el que no manejaba, sacando del cinto un revólver 38 largo, con cacha negra.

Los dos se rieron. El que manejaba tosió, ahogado por la risa.

—No va a pasar nada —dijo tranquilizándose—. Todos los fines de mes me dices lo mismo. Sos un miedoso.

—Tanto va el cántaro... —agregó el que tenía el revólver, volviéndolo a guardar en el cinto.

—Además —dijo el otro—, nadie supo cuando salimos.

—Pero el Ford del ingenio es bien conocido por muchos.

—Pero no todas las veces nos vamos a Tucumán a traer plata.

—Pero desde el día 20 en adelante, yo, si fuera a planear un golpe, te haría la guardia.

—¿Como ese hombre que está en el camino? —dijo el que manejaba.

—¡Bah! —agregó el otro—. Ése es un pobre infeliz.

Parado sobre el costado derecho del camino, el hombre hacía señas a los que iban en el Ford. Sus ocupantes pensaron que pedía que lo levantarán y el que manejaba apretó el acelerador.

Pero el hombre que estaba parado en el costado derecho del camino señalaba hacia el radiador o hacia la tapa del radiador o a las gomas con una mano, mientras que con la otra hacía señas que pararan.

El que manejaba miró la tapa del radiador y vio que echaba vapor.

—Le falta agua —dijo aminorando la marcha.

La polvareda envolvió al hombre que hacía señas en el camino. El Ford se detuvo y la nube de tierra envolvió al coche y a sus ocupantes.

Cuando la neblina comenzó a disiparse el hombre que manejaba se vio encañonado por una pistola 45.

—¡El dinero! —sintió que le decían, pero no despegó las manos del volante.

—¡Levanten las manos! —gritó el hombre del camino—. ¡No quiero hacerles nada! Si no se hacen los locos, todo irá bien y esta noche cenarán con sus familias. No quiero hacerles nada, ¿me entienden? ¡No quiero hacerle nada! —gritó casi suplicándoles.

El acompañante del que manejaba levantó las manos lentamente. Al que estaba en el volante le costó trabajo pasar la palanca de cambios.

—Pongan las manos sobre el guardabarros.

Los dos se inclinaron y pusieron las manos sobre el guardabarros delantero.

El asaltante pasó por detrás de ellos, abrió la puerta de atrás del auto y con la mano izquierda trató de levantar el asiento. Pero estaba duro. Entonces, sin dejar de encañolarlos, subió al vehículo, de espaldas, dificultosamente. Arriba ya, se aferró con fuerza al borde del asiento y tiró desesperadamente hacia arriba con la mano izquierda. Sintió que éste cedía, pero la mano resbaló y casi perdió el equilibrio. A través del vidrio del parabrisas, los hombres del Ford lo miraban angustiados. De nuevo palpó el borde del asiento y descubrió una rotura en el tapizado. Metió tres dedos y con desesperación rasgó la tela, que fue cediendo lentamente y, al mismo tiempo, incrustándosele en la carne. Al fin pudo meter toda la mano y entonces tiró hacia arriba en un último esfuerzo. El asiento saltó y de nuevo casi perdió el equilibrio. Se apoyó, con el codo de la mano que empuñaba la pistola en el respaldo del asiento delantero. El hombre del volante hizo un movimiento.

—¡No se muevan, les digo! —gritó.

Los dos bajaron la cabeza.

El acompañante del que manejaba vio que tenía el saco desprendido primero, y luego la cache negra del 38 largo. Se fijó en su compañero. Éste movía la boca, como si rezara. Tenía la frente cubierta de transpiración. Dos o tres gotas de sudor le corrían por las arrugas cubiertas de tierra. Se apoyó en el guardabarros y echó el cuerpo hacia adelante. Su compañero volvió la cabeza y lo miró largamente, como si de pronto hubiera entendido sus intenciones. Alcanzó a comprender que el otro le suplicaba con los ojos que no hiciera nada. Pero él bajó la vista, respiró profundamente y luego le dijo muy quedo:

—¡Dejate caer de rodillas!

En un instante sacó el revólver y tiró en dirección hacia el asiento de atrás. El primer tiro rompió el parabrisa en pedazos y los vidrios se desgranaron por el piso haciendo un retintín alegre. El segundo tiro dio en el vidrio de atrás.

El asaltante, que había levantado el asiento y lo había

apoyado sobre el respaldo, se dejó caer de rodillas en el piso del coche y comenzó a gatear hacia la puerta. El segundo tiro pasó por sobre su cabeza. Se quedó quieto, de rodillas, junto a la rueda, encogido de hombros.

Al ver que en la parte de atrás del auto nadie se movía, el hombre del revólver negro retrocedió unos pasos para ubicar mejor al asaltante. Este se había quitado el chambergo negro. Estaba tirado, casi sobre el estómago, en el piso. Por la hendidura de la puerta, apenas entornada, pudo ver cómo el hombre del revólver retrocedía. Se apoyó en la mano izquierda, calculó rápidamente, se incorporó e hizo fuego. Los dos tiros, el del revólver negro y el de la pistola 45 reventaron casi al mismo tiempo. El asaltante sintió un golpe más abajo del hombro izquierdo, dos dedos más abajo de la clavícula, un golpe como el de una pedrada, y después un ardor intenso. La mano izquierda se le cayó inerte. Entonces volvió a disparar y vio que el hombre del revólver abría los brazos, trastabillaba hacia atrás y luego caía de espaldas sobre la grama que bordeaba el camino.

El asaltante miró a su derecha y en el fondo del asiento trasero descubrió una valija mediana, de cuero negro, como las que usaban las parteras, pero más grande y con cierre en la boca.

—Ahora me falta el otro... —se dijo.

La herida comenzaba a dolerle. Volvió a incorporarse rápidamente y a esconderse tras del asiento. En la pasada no vio a nadie.

“Está detrás del coche —se dijo—. Quiere dar un rodeo y sorprenderme”.

Comenzó a arrastrarse hacia atrás, hasta que sus pies dieron con la otra puerta. Se puso en cuclillas, dejó la pistola en el piso y con la mano derecha buscó la valija. Abrió la puerta.

El hombro le seguía ardiendo. Se dio cuenta de que tenía la camisa empapada y la boca reseca. Al otro lado del camino había un cañaveral. El alambreado estaba roto. Pensó correr en zigzag hasta el cañaveral para eludir las balas del otro y después volver por la valija.

El hombre que manejaba el Ford tenía la cara apoyada en los rayos de madera de la rueda. Podía sentir el olor de la tierra pegada, su olor áspero y acre. Rezaba.

El asaltante midió la distancia y calculó unos diez pasos. Y se lanzó hacia la cuneta. Corrió en zigzag esperando los tiros. Cuando se tiró entre los pastos altos también esperó que le dispararan. Por eso le llamó la atención que hubiera tanto silencio. Se incorporó para seguir corriendo hasta el cañaveral, pero la curiosidad pudo más. Se asomó lentamente y vio al que manejaba atrodillado entre los rayos de madera. Entonces apuntó con cuidado y disparó. Pudo escuchar el eco del estampido retumbando en la lejanía. El hombre que manejaba el Ford hizo un movimiento convulso y se aplastó aún más contra el suelo. El asaltante volvió a tirar. Esta vez la bala dio en la llanta de acero y el rebote se alejó gimieando extrañamente.

Esperó unos instantes y volvió a incorporarse. Al ver que nadie le contestaba gritó:

—¡Salgan con las manos en alto!

Pero nadie se movió. Esperó un rato todavía y se incorporó lentamente. Luego se puso de pie. Algo le decía que los dos estaban heridos.

—¡Qué macana! —se dijo—. No tenía intención de hacerles nada.

Y avanzó hacia el Ford. Al dar vueltas se dió con el hombre del revólver que estaba inmóvil, de espaldas, con los ojos abiertos, apretando todavía con la mano derecha la catcha negra del 38 largo. El otro, como si rezara, se apoyaba en la rueda.

Cuando comprobó que el hombre del revólver estaba muerto se dirigió al otro.

—¡Levántese, amigo! —le dijo—. Y déjese de tonterías...

Entonces cayó en cuenta que de la boca del que manejaba el Ford caía una gotera de sangre, lentamente, de sangre que había hecho un charco en la tierra del camino, un charco negro con unas pintas rojas.

Se quedó pensativo, pero sólo fue por unos instantes. Luego se dirigió al asiento de atrás y retiró la valija negra. Se puso la pistola entre los pantalones y la camisa y con la mano

derecha abrió la valija. Sacó dos o tres fajos de billetes, los volvió a meter y cerró luego la maleta negra.

Al darse vuelta vio, a lo lejos, que alguien venía por el camino. Seguramente montaba a caballo porque iba dejando una estelita de tierra que muy lentamente se iba agrandando.

Recogió el chambergo y se lanzó al cañaveral. El hombro y la mano izquierda, ahora, le dolían atrocemente.

## 2

Cuando el sulky con las maestras llegó hasta donde estaba el Ford, el caballo se detuvo en seco.

—¡El Ford del ingenio! —exclamó una de ellas.

—Ya estamos a fin de mes —le contestó la otra.

—Debe estar descompuesto. Veo a alguien arreglando la rueda.

—Más allá está otro, tirado de espaldas —dijo la otra maestra.

Azuzaron el caballo, pero éste se negó a andar: caminó un poco hacia la izquierda, otro poco a la derecha y después se plantó en seco.

—¡Esta yegua mañera! —dijo la maestra que manejaba el sulky—. Bajate vos y tirale de las riendas hasta que pasemos el auto. Así no llegaremos nunca.

—Antes voy a ver qué les pasa a los del auto —dijo la otra, cerrando ya sombrilla y bajándose.

—¿Qué pasa...? —le gritó la que manejaba.

—¡Están muertos! —dijo la otra. Se apoyó en la vara del sulky y comenzó a sollozar.

—¡Dios mío...! ¡Dios mío...! —dijo la que manejaba.

Y se bajó para ver ella también. Pero antes ató las riendas en el pescante del sulky.

## 3

Werner tiró el impermeable sobre la silla que tenía al lado de la máquina de escribir y se sentó.

—¿Hay alguna novedad? —le preguntó Matías Moya, que estaba de guardia.

—Sí. Y bien gorda —le respondió mientras abría el escritorio de persiana corrediza y ponía un papel en el rodillo.

—¿Y es...?

—Mataron a los pagadores del ingenio Santa Lucía y les robaron el dinero.

—¿Se sabe algo del autor o de los autores?

—Todavía nada, —dijo Werner acomodando y ajustando el papel—. Y Dios quiera que pase un buen tiempo sin que se sepa nada.

—No entiendo... —dijo Matías, levantándose la visera verde que tenía calada hasta las cejas, como si de ese modo fuera a escuchar o entender mejor.

—Si tuviera el nombre del autor todo se acabaría mañana con la reconstrucción del crimen. Pero hasta que la policía averigüe la verdad yo podré dar mil y una pistas, hacer declarar a testigos...

Prendió un cigarrillo.

—Lo ideal —prosiguió— es que no averiguaran nada. Porque entonces inventaría un autor que solo tiene existencia aquí...

Y se golpeó la frente con los nudillos. Luego sonrió, con la vista fija en un punto distante, como si los hechos imaginados se cumplieran vertiginosamente ante la alucinada pantalla de un cinematógrafo.

—Y qué biografía tengo pensada...! ¡Qué historia! Un redentor social, no un bandido... ¡Un rebelde contra la sociedad! ¡Un libertario luchando, él solo, contra esta sociedad podrida!

Se rió y dio vuelta el escritorio, ya exaltado.

—Hay cientos de robos cuyos autores no han sido descubiertos. Y todos ellos serían obra de un solo autor: el redentor social que solamente yo conozco. Todos ellos tendrían una sola causa y un solo fin: reparar las injusticias.

Abrió los ojos como un visionario. Luego agregó, bajando la voz:

—¿Qué pasaría si algún pobre de solemnidad de algún conventillo de Villa 9 de Julio o algún muerto de hambre de un rancho de Lules, Famaillá o Monteros comienza a recibir un sobre con diez pesos? Sí, un sobre pelado; sin una indicación, sin una letra, pero con los diez pesos... Eso sería suficiente para desencadenar la leyenda... Todos los días tendríamos informaciones frescas sobre el nuevo Robin Hood. Treinta o cuarenta cada día nos escribirían jurando que han tomado un vaso de vino con él o que han conversado en alguna parte de la ciudad o de la provincia. Y todos el mismo día y a la misma hora. Y hasta la policía llegaría a cuidarlo... Sí... la policía... Los milicos, que debajo del uniforme esconden un paisana supersticioso se cuidarían bien de dar con él y mucho menos de detenerlo...

Hizo en el aire un gran ademán y luego dibujó grandes letras: —Estoy viendo los titulares: ¡SANTOS PEREYRA NO ES UN ASESINO. DECLARACIONES EXCLUSIVAS PARA NUESTRO DIARIO. SU LUCHA ES LA LUCHA POR LA REDENCION SOCIAL!

—¡Y ya estás metido dentro de las once varas de la camisa! —dijo Moya, moviendo la cabeza... Después nos clausurarán el diario.

—¡Mejor todavía! —gritó Werner—. ¡Ahí viene la libertad de prensa y este gobierno corrompido que la viola sistemáticamente!

—¿Y el viejo?

—Es zorro de ley. Él sabe que necesita una cosa así para aumentar el tiraje y hacerle otro agujero más a El Orden.

—Vos verás —dijo Moya bajándose la visera verde nuevamente e inclinándose sobre sus papeles.

Werner sonrió. Volvió a arreglar el papel que había puesto en el rodillo y escribió:

ASALTARON A LOS PAGADORES DE UN INGENIO.  
DOS MUERTOS. ROBARON EL DINERO. NADA SE SA-  
BE DE LOS ASESINOS.

Se echó para atrás en el asiento, miró los titulares y sonrió moviendo la cabeza.

## 4

Camilo se detuvo. Entre las hojas movidas por el viento sintió un ruido. Venía de las malhojas, en uno de los surcos.

Escuchó atentamente, pero el viento volvió a soplar y las hojas a refregarse unas contra otras.

Ya se disponía a marchar cuando escuchó, también en medio de los surcos, un quejido como el canto de una paloma bumbuna, pero más ronco.

Aguzó el oído y comprendió que era otro animal. El viento se detuvo y volvió a escuchar el ruido en la malhoja seca. Pensó en un zorro o en una liebre o quizá en una pareja de "ocultos".

La curiosidad pudo más y se metió surco adentro. Avanzó con cuidado, empuñando el cuchillo con fuerza. En el colchón de malhoja los pies se le hundían hasta el tobillo. Sobre su cabeza, allá arriba, las hojas verdes del cañaveral volvían a frotarse con fuerza, hamacadas por el viento. Se juntaban y se separaban en forma extraña. Cuando se separaban dejaban filtrar los rayos del sol, pero cernidos por las sombras. Cuando se juntaban la luz se volvía verde.

Una bocanada de aire frío vino del interior del surco trayendo olor a tierra mojada y a malhoja podrida.

Los quejidos se escucharon de nuevo. Venían de la izquierda, ahora, y de más al fondo. Pasó otro surco y se detuvo a escuchar. Tuvo la sensación que estaba cerca del zorro, la paloma o la pareja de "ocultos". Caminó con cuidado. La malhoja seca crujía con rabia a sus pies.

De improvisó se enredó en una caña que estaba atravesada en el surco y oculta por la malhoja y para no caer dio dos

grandes zancadas. Entonces sintió el quejido a su izquierda, en el surco vecino.

Con cuidado apartó las cañas y metió la cabeza. Arriba, las hojas se abrieron y dejaron entrar un chorro de sol. Miró a la derecha y a cuatro o cinco metros vio un hombre tirado en el fondo del surco, algo encogido, sobre una especie de cama hecha con malhoja seca.

Parecía dormido, pero respiraba dificultosamente, como si estuviese muy borracho.

De pronto comenzó a quejarse con un quejido ronco que se apagaba lentamente. Al final se transformó otra vez en respiración agitada.

Camilo cruzó de surco. Caminó despacio hacia donde estaba el hombre y trató de hacer el menor ruido posible con la malhoja.

Cuando estuvo cerca pudo ver que el hombre tenía en el pecho una gran mancha de sangre seca y en el centro un coágulo vivo que subía y bajaba con la respiración anhelante.

El miedo lo clavó en el suelo y no pudo ni avanzar ni retroceder.

Entonces, el hombre abrió los ojos y lo miró con una mirada triste y lejana:

—¡Amigo...! —balbuceó.

—Amigo... sí... —dijo Camilo, quitándose el sombrero y dejando caer el cuchillo.

—¡Acérquese...! —le rogó el herido.

Camilo le obedeció temeroso.

—¡Más...! —dijo el otro.

Camilo se dejó caer a cuatro pies y avanzó hasta situarse a la altura del pecho ensangrentado, al que no podía dejar de mirar.

El hombre se ahogó. Luego dijo:

—¡Júreme que va a cumplir lo que le pediré! Sé que usted es un hombre bueno... ¡Me ha pasado una desgracia...!

Camilo titubeó. Luego dijo sordamente:

—¡Sí... Se lo juro...!

—Debajo de ese montón de malhojas —dijo el herido— hay una valija con mucho dinero. Metalá en una bolsa y llevéla a Tucumán, a la calle Santiago 1253. Pregunte por la Me-

cha... es decir por Mercedes Paunero... ¿Me entiende...? Mercedes Paunero... La Mecha... Entréguele la valija con el dinero... Dígale de parte mía que se vaya... de parte de Gerardo... o mejor dicho de parte de Pelayo Soria... Dígale que se vaya a Rosario, que empiece de nuevo... que se olvide de mí... ¡Dígale...! ¡Dígale...!

Un estertor lo interrumpió. El pecho agitado se fue tranquilizando lentamente. Al final se apagó.

Camilo sólo atinaba a pensar: "Mercedes Paunero... Santiago 1253... Tucumán...", en un afán desesperado por fijar las palabras en la memoria para no traicionar el juramento que acababa de hacer.

Se fijó en el rostro del muerto. Se incorporó, retrocedió unos pasos y luego salió corriendo sin sentir que las hojas le cortajeaban la piel.

Por fin salió a un callejón que daba a otro cerco. A un costado se dejó caer, anhelante.

En voz alta volvió a repetir las palabras del herido:

—Mercedes Paunero... Santiago 1253... Tucumán... La Mecha..."

## 5

Esa noche, junto al fogón, le contó todo a Méndez: cómo había encontrado al hombre, sus últimas palabras y su juramento.

—¿Tengo que ir a Tucumán? —le preguntó.

—Ya lo creo —dijo Méndez—. Le has jurado a un muerto y una promesa así es sagrada.

—¿Me vas a acompañar?

—No puedo dejar mi gente —le contestó Méndez—. Tenés que ir solo.

—Pero si no conozco.

—Es un juramento el que tienes que cumplir, un juramento hecho a un muerto. Preguntando se llega...

Ambos quedaron en silencio rumiando sus razones.

—¿Y cuándo me debo ir? —preguntó Camilo.

—Mañana mismo... por la tarde. Por la mañana enterraremos al hombre.

Camilo hizo ademán de que iba a hacer otra pregunta, pero Méndez lo miró con firmeza. Luego dijo con mayor gravedad:

—Hay que cumplir con lo que se promete a los muertos. No te importa quién haya sido el muerto ni de dónde viene esa plata. Mañana por la tarde te irás a Tucumán...

Después agachó la cabeza y comenzó a remover el fuego, donde unos palos habían comenzado a humear.

## 6

—¿A dónde? —dijo el ventanillero.

—A Tucumán —dijo Camilo, bajando los ojos.

—Uno sesenta —dijo el ventanillero, sacando el boleto de la casilla y poniéndole la fecha con un golpe seco de la maquineta.

Camilo le alcanzó un billete de cien pesos. El ventanillero silbó largamente. Luego se agachó, levantó la ventanilla y lo miró por encima de los lentes.

—¿No tiene más chico? —le preguntó.

—No... no... —balbuceó Camilo.

Sintió que la cara le ardía.

El ventanillero miró el billete un largo rato, primero al derecho y luego al revés. Por último lo levantó para examinarlo al trasluz. Se mordió el labio inferior.

De mala gana abrió el cajón, sacó varios billetes y monedas, los contó y dijo:

—Aquí tiene el billete y su vuelto.

Camilo se apresuró a retirarlos de la ranura de la ventanilla y apuñándolas se acercó a donde estaba Méndez, su mujer y los chicos.

—Poné el boleto en el bolsillo de arriba del saco —le dijo Méndez—. Así cuando te lo pida el guarda lo vas a tener siempre a mano.

Camilo asintió y puso el puñado de monedas en el bolsillo del pantalón.

Acompañado por el jefe de la estación, el ventanillero salió al andén. Ambos miraron al grupo que formaban Camilo, Méndez, su mujer y los chicos. Después el jefe sacó un reloj de plata del bolsillo de su chaleco, miró la hora y tocó una campanada.

Una mujer dijo:

—El tren acaba de salir de Santa Rosa —y levantó un bulto para arrimarlo al borde del andén.

Después de un largo rato la máquina entró rezongando en la estación. Del tren se bajaron dos viejas, una mujer con un gran bulto, el guarda y dos o tres muchachos.

—Volvé en cuanto cumplas con la promesa —le dijo Méndez a Camilo cuando lo abrazaba.

Camilo subió a uno de los coches y por la ventanilla le alcanzaron la bolsa.

—Ponela bajo el asiento —le dijo Méndez.

El jefe volvió a salir al andén. Miró a todos muy solemne, abrió su reloj, se fijó en la hora y tocó dos campanadas.

La máquina silbó largamente dejando en el aire una rara tristeza. El tren se puso en marcha. Los chicos de Méndez saludaron a Camilo, agitando las manos hasta que pasó el último vagón.

Al final del tren iba un guarda agitando una banderita.

## 7

—¿Ha visto la numeración del billete? —dijo el ventanillero al jefe.

—Sí —dijo éste.

—¿Telegrafía a Tucumán?

—Ya lo hubiera hecho —dijo éste, volviendo a sacar el reloj de plata para fijarse en la hora.

## 8

—Esta mañana me ha hablado el jefe de policía —dijo el Director.

Werner sonrió y lo miró de reojo.

—Quería saber de dónde sacás toda esa información del asalto a los pagadores del ingenio —agregó.

Werner mantuvo su sonrisa y achicó aún más sus ojitos de bicho travieso.

El Viejo insistió:

—Cuando me preguntó, me hice el tonto. Le dejé entrever que teníamos dos o tres informantes. Terminó insinuándome que podía procesarme por *apología del crimen*.

Werner dejó de sonreír.

—Y usted, ¿qué le contestó? —dijo Werner, volviendo a dar a su cara ese aspecto de imperturbabilidad que tenía siempre que estaba serio.

—Le dí a entender —dijo El Viejo poniéndose grave— que hacíamos las cosas dentro del justo límite de la Ley, que informábamos sólo lo que llegaba a nuestra redacción, que nada era nuestro, sino declaraciones de testigos que habían conversado con Santos Pereyra, como podía desprenderse de la lectura de cualquier artículo; ningún elogio... Nosotros informamos exclusivamente, informamos lo que nos dice quien conoció al asaltante cuando era chico. Informamos cuando alguien recibe, anónima y misteriosamente, una ayuda pecuniaria. ¿No es así, Gringo? —le preguntó El Viejo bruscamente.

Éste comprendió a dónde iba la pregunta del director y que en todo caso tenía el valor de una orientación para futuros artículos.

Asintió brevemente con la cabeza.

El Viejo, en su escritorio, comenzó a hurgar papeles. Era su clásica actitud cuando quería cortar una entrevista con algún subalterno cuando ésta comenzaba a molestarlo.

Werner estiró el labio, se volvió, caminó hacia la puerta de vidrios esmerilados y la abrió lentamente. Antes de cerrarla sintió que El Viejo decía como si hablase consigo mismo:

—Nosotros informamos, únicamente informamos; ¿no es así Werner? E informamos bien, hasta el último detalle. Que ellos investiguen. No somos soplones.

Y sonrió. Werner lo miró para sonreír a su vez, pero El Viejo había vuelto a bajar la cabeza y examinaba detenidamente sus papeles.

Entonces sonrió y fue cerrando la puerta lentamente.

## 9

La vieja vino renqueando y protestando. El cartero dejó la carta en una de las hendiduras de la puerta y se marchó.

Cuando la vieja abrió la puerta y no vió a nadie redobló sus rezongos, pero de pronto cayó en la cuenta de que había una carta metida en la hendidura y la curiosidad la hizo callar.

Tres o cuatro casas más adelante, el cartero se anunció gritando con una voz metálica.

La vieja tomó la carta, la dio vuelta y miró si tenía remitente. Leyó su nombre y su dirección, ya que remitente no tenía, entrecerrando el único ojo sano que le quedaba. Al fin se decidió, rasgó el papel con la uña larga y mugrienta de su dedo meñique, sopló el interior del sobre como si fuera una bolsita y hurgó nerviosamente en su interior. Con dificultad logró sacar un papel, algo duro.

—¡San Antonio bendito! —dijo y dejó caer el sobre.

Luego salió a la vereda como si pudiera cerciorarse mejor de que no estaba errada.

—¡San Antonio bendito! —volvió a musitar, y apretó el billete contra su pecho—. ¡Entonces, es cierto lo que dice el diario!

Y se lanzó a correr grotescamente hacia el rancho del frente gritando:

—¡Malvina, comadre...! ¡Doña Rosario...! ¡Vengan... es cierto lo que dice el diario...! ¡Miren lo que acabo de recibir...!

Una chica de unos doce años salió a la puerta limpiándose las manos en el vestido.

—¡Llamala a la comadre, rápido! —dijo la vieja, saltando un charco de agua podrida que separaba la calle de lo que podía llamarse vereda.

La chica hizo ademán de entrar, pero ya se encontró con que la otra mujer venía alarmada al escuchar los gritos de la vieja.

—¡Comadre... Malvina! ¡Doña Rosario...! —dijo sofocada la mujer que acababa de recibir el billete.

—¿Qué sucede, comadre? —dijo la mujer que acababa de salir.

—¡Es cierto lo que el diario dice...!

—¿Y qué dice, comadre?

—¡Que él ayuda a los pobres...!

—¿Y cómo lo sabe, comadre?

—Acabo de recibir un billete de diez pesos metido en un sobre. Recién me lo ha entregado el cartero.

Y en las narices de la mujer agitó el billete. Ésta trató de poner distancia entre ella y los diez pesos para poder observar mejor. Al fin, nerviosa, le tomó la mano a la vieja y le sacó el billete, lo dio vuelta y examinó con detención. Al fin dijo:

—¡Sí, comadre; son diez pesos!

—¿Ha visto, ha visto que era cierto?

—Es cierto... —dijo resignada la otra mujer.

En la vereda, al sentir los gritos, otras mujeres comenzaron a reunirse. Al enterarse, todas hacían grandes aspavientos.

—Yo creí que había salido su hijo mayor —dijo una de ellas dirigiéndose a la vieja del billete.

—No. Todavía le falta un año, pero el gobernador me ha prometido el indulto para el próximo 25 de Mayo.

—También yo tenía razón —dijo otra—. El diario nunca miente; siempre dice la verdad. Por algo la policía lo persigue a Santos Pereyra.

—Esos hijos de puta, como siempre, querrán su coima —dijo la mujer que se apoyaba en una escoba deshilachada.

—Y él, ¿cómo habrá sabido que usted vivía en esta casa, doña Feliberta? —preguntó doña Rosario.

Sabihonda, la vieja le contestó:

—El diario dice que ronda de noche, sin que nadie lo vea y se entera de las necesidades de los pobres.

El corro se hizo más grande. En el medio, con su renquera, la vieja bailaba una danza grotesca haciendo grandes ademanes mientras de unas manos recogía el billete para luego pasarlo a otras. Y se quejaba y contaba de las necesidades que estaba pasando en la vejez con el hijo en la cárcel, que si no hubiese sido por Santos Pereyra... Remataba la letanía volviendo a repetir que el diario siempre decía la verdad.

Alguien, recién llegado, tratando de mirar mejor por encima del corro, pisó la cola a un perro que se largó a gritar con voz destemplada. De diferentes ranchos salieron otros perros y se armó un coro de ladridos. Un chico les tiró una piedra. Dejaron de ladrar y comenzaron a olerse unos a otros.

En la rueda de comadres alguien dijo:

—No hay que decir nada. Si la policía se entera le van a quitar el dinero a doña Feliberta.

—¿Y por qué me van a quitar lo que es mío? —dijo ella guardando instintivamente el dinero en el seno.

—Para ellos es plata robada, es plata del ingenio...

—¡Los del ingenio que se jodan...! —dijo otra mujer

—Pero le van a quitar el billete...

La vieja se rió:

—¡Para que lo encuentren! —dijo.

—¿Y qué va a hacer con él? —dijo la mujer de la escoba vieja.

—Lo esconderé donde nadie puede encontrarlo —dijo.

—¿Dónde...? —insistió la mujer de la escoba, casi arrebatada por la curiosidad.

—¿Ahora querés que te lo diga? ¿Y después, cuando venga la policía vos se lo vas a decir? No, mi hijita: estás muy equivocada. Ni yo me voy a acordar dónde he guardado el billete.

Escupió delante de la vieja de la escoba y renqueando se lanzó a cruzar la calle.

La mujer de la escoba dijo con despecho:

—¡Bah! Seguro que ese billete se lo ha mandado el hijo que tiene en la cárcel...

—¿Y cómo sabes vos? —la interrumpió otra comadre.

La mujer de la escoba se encogió de hombros y se apartó del grupo.

—Creo que el diario tiene razón —insistió doña Malvina. Y del corro se escucharon voces de asentimiento:

—“El sabe... Claro que sabe... Ronda de noche y se entera cuáles son las necesidades de los pobres...”

## 10

“1253... 12-53... 12-53... Mercedes Paunero... Mercedes — Paunero... 1253... No me puede pasar nada... Nada... Nada... Nada...”

El vidrio de la ventanilla estaba sucio. A Camilo le pareció que los postes del alambrado pasaban al ritmo que hacían las ruedas del tren sobre la vía.

“12-53... 12-53... 12-53... No me puede... pasar nada...”

De tanto en tanto un poste de telégrafo cortaba el compás. Algunos postes tenían un número. Otros, la casita de un hornero.

“Mercedes — Paunero... Mercedes — Paunero... Mercedes — Paunero...”

La mujer que estaba delante del asiento de Camilo dijo:

—¿Se sirve?

Se fijó en la mujer. Los postes se desvanecieron. Ella le alcanzaba una naranja pelada. Vaciló. Luego dijo:

—No... Muchas gracias...

La mujer retiró la fruta y lo miró con disgusto.

Camilo volvió a fijarse en el campo: un potrillo corría a la par de las alambradas hasta que el tren lo fue dejando atrás. Después volvió con la madre. La cosecha, en algunos tablones había terminado. En otros quemaban la malloja de color ta-

baco. Algunos estaban calcinados, negros, pero en otros todavía quedaban algunos surcos de caña en pie.

Volvió a fijarse en los postes del alambrado.

"12-53... Mercedes Paunero... No me puede pasar nada... El injerto... No me puede pasar nada... 12-53... Mercedes Paunero... No me puede pasar nada... El injerto..."

A su lado, el hombre que tenía por compañero de banco dormitaba. De tanto en tanto daba cabezazos al aire. Se inclinaba hacia adelante, luego hacia la derecha, parecía que iba a caerse con los sacudiones del tren, pero luego volvía a su posición original. A ratos se despertaba y luego, con resignación volvía a tomar el sueño.

La mujer que acababa de ofrecerle la naranja comenzó a conversar con una gorda que tenía a su lado:

—Dicen que ayer lo vieron por Famaillá.

—¡Dios mío! —dijo la gorda.

—El diario hace una descripción completa.

—¿Y cómo es? —dijo la gorda abriendo los ojos.

—Alto, buen mozo, el pelo negro, y muy pálido.

—¿Sí...?

—Va armado, pero no pelea sino con la policía... Y otra cosa...

—¿Qué...?

—Ayuda a los pobres con dinero.

—No diga...

—Sí. A muchos en la ciudad le han llegado cartas con billetes de diez pesos... Dicen que en Monteros uno de los pobres tenía cien pesos.

—¿Y cómo saben que es Santos Pereyra?

—Así dice el diario —comentó la vieja mientras pelaba otra naranja.

—Lo que yo me pregunto —dijo la gorda— ¿cómo se enteró quién necesita ayuda...?

—Todo pobre necesita ayuda.

—El diario dice que no es un criminal... Dice que es un rebelde...

—Debe varias muertes.

—¿Y qué va a hacer, señora? ¿Se va a dejar matar por la policía?

La vieja guardó silencio mientras movía la cabeza.

La gorda insistió:

—Póngase en su lugar, señora. Él busca el dinero... Si ha muerto a los pagadores del ingenio seguramente es porque ellos se han resistido.

—No debían...

—Es claro... Los ingenios tienen mucha plata.

El tren pasó un semáforo y comenzó a perder velocidad. Al llegar a la estación lanzó un chorro de vapor.

Camilo sacó la cabeza por la ventanilla. La gente subía y bajaba de los coches. Dos mujeres vendían empanadas y muchos chicos llevaban tamales y naranjas en canastos viejos, tapados con trapos sucios.

—¿Quiere una empanada, señora? —dijo la gorda.

—Es temprano.

—Las comemos más tarde.

—Van a estar frías. En todo caso las compramos en Tucumán.

El jefe tocó una campana destemplada y rota. Un guardi negro y mofletudo hinchó los carrillos y recién sopló en el silbato.

La vieja se arrellanó en el asiento.

El tren dió un tirón que hizo crujir las maderas del vagón. Dos bultos se cayeron de un portaequipajes.

"12-53... 12-53... No me puede pasar nada... Mercedes

—Paunero... 12-53..."

Camilo comenzó a dormitarse pensando en su madrina, en el juramento que le había hecho al hombre que ahora estaba muerto y en el árbol donde había quedado su alma.

—"No me puede pasar nada —se dijo—. No me puede pasar nada..."

## 11

—¿Estoy detenido? —preguntó Werner con un dejo de ironía.

—Absolutamente —dijo el inspector Vázquez hojeando un prontuario que tenía entre manos.

—Entonces, ¿puedo irme? —agregó Werner.

—No —dijo el inspector con firmeza.

Werner guardó silencio. De tanto en tanto el inspector pasaba una hoja. A veces se detenía en un renglón, seguía la línea con el dedo índice y movía los labios como si la lectura, casi en voz alta, le ayudara a comprender mejor lo que estaba examinando.

Bruscamente cerró el prontuario y miró a Werner. Éste arrugó el entrecejo e hizo un gesto como si no le importara. El inspector mantuvo la mirada firmemente un rato largo y luego aflojó la tensión, sonriendo. Werner le devolvió la sonrisa como si hubiese entendido el juego.

Por fin el inspector dijo:

—No nos engañemos, amigo Werner: usted y yo sabemos bien lo que queremos.

Werner preguntó con inocencia fingida:

—No entiendo, comisario inspector... No entiendo...

—Yo sí —dijo Vázquez—. Acabamos de poner en un tren a Piacenza y a sus amigos de la Federación Agraria. Hemos terminado con la huelga cañera. Ahora, usted nos sale con ese otro asunto de Santos Pereyra.

—Mi deber es informar —dijo lentamente como si quisiera medir el efecto de sus palabras.

—¿Informar qué...?

—Leal y objetivamente lo que sucede.

—Bien, informe leal y objetivamente. Pero hasta el momento usted es el único que se engaña.

—¿Asaltaron o no a los pagadores del ingenio Santa Lucía?

—preguntó Werner casi a boca de jarro.

—El que pregunta aquí soy yo, amigo Werner —dijo Vázquez.

—Pero hasta el momento usted nada me ha preguntado. Usted sabe bien que mi pregunta sólo tiene una respuesta.

—Pero es que el asalto a los pagadores del ingenio Santa Lucía no me interesa.

—Y entonces, ¿qué...?

—Que usted se deje de tejer fábulas para aumentar el tiraje de su periódico y de gastar dinero en hacer creer a las gentes cosas que solo existen en su imaginación.

—No entiendo —dijo Werner con firmeza.

—Yo sí —dijo el inspector de mala gana—. Y eso basta.

—Pero al menos puede explicarme —dijo Werner socarronamente.

El inspector abrió el cajón de su escritorio, sacó un billete y lo estiró con ambas manos.

—¿Ve esto...? —le preguntó.

—Claro... Es un billete —dijo burlón el periodista.

—Pero es muy diferente a los billetes que usted está enviando a la gente pobre para que crean que es Santos Pereyra quien les envía el dinero.

—La gente recibe ese dinero. Dice que es Santos Pereyra quien se lo envía. Nosotros no hacemos sino transcribir lo que la gente nos dice. ¿Estamos?

—Bien —dijo el comisario inspector con un gesto de paciencia que se agota—. Supongamos que así fuera. Si esos billetes hubieran sido enviados por Santos Pereyra tendrían la misma numeración que los otros, los que estaban en la valija de los pagadores cuando fueron asaltados.

Levantó más alto el billete que acababa de sacar del cajón de su escritorio.

—Éste sí que tiene esa misma numeración —dijo aproximándolo hasta muy cerca de la cara de Werner, tanto que el periodista tuvo que echarse hacia atrás.

—¡Diablos...! —dijo Werner sin poderse contener—. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Eso lo sabemos nosotros y nadie más que nosotros.

—Entonces... —baluceo Werner.

—Son del bolsillo de su patrón que cree que con el cuento del luchador social le puede hacer un agujero al gobierno, la competencia a El Orden y aumentar el tiraje. Nosotros tenemos paciencia, pero hasta un cierto límite, y cuando ella se nos acabe, a usted, a su patrón y a la madre que los parió los pondremos en un tren y los echaremos de la provincia como a esos infelices de la Federación Agraria que creían que iban a sublevar a la gente con la muerte de ese infeliz en Monteros.

Werner sonrió y miró largamente a Vázquez. Éste algo se turbó.

—No es necesario perder la paciencia. Si pierde la paciencia, comisario inspector, va a perder el juego —dijo Werner.

El comisario aspiró un poco de aire, lo retuvo un momento en sus pulmones y luego lo fue soltando lentamente, como si el ejercicio le calmara los nervios. Luego dijo:

—Tiene razón, amigo Werner. No hay que perder la paciencia.

Miró el billete y después miró a Werner y dijo:

—Ya sabe que el juego de los billetes ha fracasado.

—Para ustedes —dijo Werner—. Lo que escribo nada tiene que ver con la policía. Mi misión es informar... y hacer vender el diario. Y para las dos cosas cualquier método es lícito.

—Está bien —dijo Vázquez exagerando un gesto de paciencia—, pero sepa que estamos enterados de dónde proceden los billetes que están apareciendo en toda la provincia. Dígale a su patrón que la liebre está en otro lado.

—Ya le dije —le respondió Werner con una sonrisa abierta— que a mi patrón no le interesa en dónde está la liebre. Nosotros también podemos hacerla saltar en cualquier parte... Hasta que ustedes consigan la verdadera. No hay ningún problema. Ustedes con su liebre, nosotros con la nuestra... Como verá, son dos negocios diferentes.

—Que a veces pueden darse de patadas.

—¡Caramba...! —dijo el periodista riendo—. ¡Qué modales!

—Está bien —dijo irritado el comisario Vázquez—. Pero queda notificado. En cuanto se ponga molesto este asunto de los billetes y lo convierta en contra del gobierno, ¡adiós!, se terminó el juego. Y entonces, ¡a viajar!

—¿A dónde? —preguntó Werner con inocencia fingida.

—Qué sé yo... —dijo el comisario—; a Buenos Aires, a Santiago, a Salta... Eso depende del tren que nosotros les hagamos tomar...

## 12

—¡Mecha...! ¡Mecha...! Vino el senador a verte —dijo la Rubia.

La mujer se revolvió en la cama y con los ojos llenos de sueño miró largamente a la que hablaba.

—Sí... sí... —dijo y se dio vuelta para seguir durmiendo.

—¡Despertate, tonta! Te digo que te dejés de dormir la siesta. Ha venido el senador Márquez y pregunta por vos. Andá atendolo. Si la Francesa se entera de que sos descomedida con él va a haber lío.

—¿Márquez...? —dijo la mujer tratando de abrir los ojos

—¿Qué quiere...?

—¡Vos sabés...!, ¡qué embromar! A pedir tu mano para casarse no va a venir. ¡Levantate! Quiere hablar con vos.

—¡Ya voy! —dijo la mujer con voz pastosa, saboreando la modorra y dejándose tentar para caer en ella nuevamente.

—¡Mecha: te digo que te levantés! ¡Te echo un vaso de agua fría en la cara...! —gritó la mujer tomando el botellón y el vaso que estaban sobre la mesa de luz.

La mujer se incorporó dolorosamente.

—¡Andá, lavate la cara! —le dijo.

Al fin se levantó, tomó un quimono que estaba sobre una silla al lado de la cama y se lo puso con dificultad. Pero se lo dejó desprendido. A tientas buscó las chinelas y, al agacharse, uno de los senos le asomó por el quimono como con un gesto de burla. La mujer encontró las chinelas y comenzó a caminar perezosamente hacia el baño.

La Rubia le siguió a corta distancia y se paró en el umbral de la puerta. El agua terminó por despertar a Mercedes. Se peinó con pereza, se colocó unas trabas en el cabello y remató el peinado con una peineta grande de carey, que tenía arenitas doradas y pedacitos de vidrios de colores.

Se ajustó el quimono ajustando el escote con el cinto todo lo que pudo y dijo:

—Vamos...

Al salir al patio vieron la figura del senador. Estaba sentado en la galería del norte, donde hacía un poco de sombra. Sobre la mesa, tenía frente a sí un vaso con ginebra. Al ver llegar a las mujeres se puso de pie.

—Se ha demorado algo, Mecha —dijo con galantería pasada de moda.

—Estaba durmiendo la siesta —dijo la mujer.

El hombre se acercó y la besó con sus labios carnosos y húmedos.

—Me tuve que poner de guardia a su lado para que se despertara —dijo la otra mujer, con tono de chico que acaba de hacer una buena acción.

—¡Gracias, Rubia! ¡Muchas gracias! —dijo el senador, pero sin dejar de mirar a Mercedes.

Se hizo un silencio embarazoso.

Al fin, la Rubia dijo:

—Con su permiso... —y se marchó.

Los dos quedaron solos. Mercedes dijo:

—¿Y de cómo es que vino a estas horas?

—Es mejor a estas horas, mucho mejor que venir de noche —dijo el senador—. De noche hay más gente; se fijan y uno no se puede divertir como realmente le da la gana. Los diarios están a la pesca de cualquier escándalo y al día siguiente lo ponen como palo de gallinero. El gobernador se enteró y ¡adiós mi patria! Últimamente, con el asunto del asalto y la muerte de los pagadores del ingenio Santa Lucía anda hecho un basilisco. Y sobre todo con ese periodicucho que le ha dado manija a los huelguistas y ahora al asunto de los pagadores. Pero el gobernador se ha encaprichado y no va a soltar ni un centavo para taparle la boca.

La mujer hizo una sonrisa de cumplido. El senador reparó en ella.

—La estoy aburriendo con mi charla, querida Mecha —dijo—; yo he venido por otra cosa.

La última frase la dijo con intención. Le brillaban los ojitos imaginando lo que ocurriría en la pieza cuando estuviera solo con la mujer.

—Entonces —dijo Mercedes— no me haga esperar.

Y comenzó a caminar hacia una de las piezas. Al pasar por un zaguán le dijo a una vieja que estaba tomando sol:

—Decile a la Francesa que ha venido el senador Márquez. Que mande algo de comer y unas ginebritas para la pieza 24. Y vos llevame una toalla mediana, una jarra con agua y un poco de permanganato.

Y volviéndose al senador lo tomó de la mano con cariño fingido y con ternura profesional le dijo:

—¡Vamos, querido: no me hagás esperar...!

## 13

Boca arriba, el senador fumaba lentamente. Daba largas chupadas al cigarrillo y soltaba el humo con fruición. Estuvo así un largo rato mientras la Mecha se terminó de lavar en la palangana enlosada con adornos de flores celestes.

El senador Márquez miraba la gran pantalla de tela bordada que pendía del techo. Se fijó en el cielo raso y en las curiosas molduras de yeso que tenía.

La Mecha vino a acostarse desnuda a su lado. Él siguió fumando en silencio.

—Lo noto algo triste, senador —dijo ella.

El hombre volvió la cabeza y sonrió con un dejo de tristeza.

—Y... las cosas no andan bien.

—Qué no han de andar... —dijo la mujer.

—Primero esta huelga cañera, larga y difícil, planeada y ejecutada por la oposición. Ahora, este asalto a los pagadores del ingenio Santa Lucía, que ese pasquín infame está explotando. ¿Sabés?, las elecciones son para dentro de tres meses.

—Ganaremos —dijo ella interrumpiéndolo.

—Tenemos que ganar. Pero los radicales esta vez van a concurrir al comicio. No va a ser como la otra vez que nos votaron.

—Con o sin el voto de los radicales, ganaremos —dijo la Mecha con fervor fingido.

—¡Hummm!... —masculló el senador Márquez y volvió a quedarse en silencio.

Después de un instante la Mecha preguntó tímidamente:

—Usted me oculta algo, senador. Yo creía que conmigo no tenía secretos.

El senador volvió a mirarla y le puso la mano en uno de los senos.

—Ya sabés que para vos no tengo secretos —dijo con ojos a los que el deseo naciente comenzaba a velar.

—No parece —agregó ella, con un mohín, al mismo tiempo que le retiraba la mano.

La Mecha se incorporó y miró al hombre a los ojos, fijamente. Luego recorrió con la vista todo el cuerpo. Era fofó, con un costurón enorme que le atravesaba la barriga, una barriga cuya obesidad comenzaba a disolverse en arrugas e islotes de grasa.

El hombre tuvo un acceso de pudor y se tapó el sexo con la mano. La Mecha se fijó en las piernas flacas y endebles.

—Antes —dijo ella— usted debía haber sido flaco, senador.

El hombre masculló un rezongo entre dientes.

—Se ve por las piernas —agregó con sadismo la Mecha. Luego se volvió mimosa y acodándose sobre el pecho del hombre sonrió con una sonrisa de picardía.

—Pero usted está triste, senador —agregó y no me quiere contar por qué.

El hombre vaciló un momento. Luego dijo:

—Ya sabés que para vos no tengo secretos... Se trata de mi hijo...

—¿De su hijo?... —preguntó la Mecha fingiendo más interés aún.

El senador volvió a vacilar.

—Sí —dijo—. Anda metido en un asunto que me va a dar dolores de cabeza.

—¿Una fulería de mujeres? —preguntó la Mecha con avidez.

—No. Dios quiera que fuera eso. No me importaría. Pero esto sí que me puede perjudicar.

—¿Y entonces?... —dijo esta vez la Mecha con verdadera curiosidad.

—En política, Mechita, en política... Y ese zanguango se me lo ha ido de la casa.

—¿No! —dijo la Mecha sentándose y cruzando las piernas desenfadadamente.

—Sí. Discutimos fuerte. Me ha echado en cara que soy

un sucio... todo lo que de mí se dice en la calle... Levantamos el tono... Y terminé por darle una bofetada... Ayer a la mañana la madre me vino a avisar, llorando, que la cama no había sido destendida.

—Va a volver, senador —dijo la Mecha con commiseración fingida—. Va a volver...

—Es difícil —dijo el hombre—. Es terco como su madre. Sé por el jefe de policía que anda con otros pandilleros de la universidad y del colegio nacional. Han formado un partido de "oposición". Ya tenemos suficiente con los radicales si es que se presentan al comicio...

—¿Socialista?...

—Qué va... Siquiera fuera eso... Pero estos malditos...

El senador se incorporó violentamente y empujó a la mujer hacia un costado.

—Le he dicho al jefe de policía que les haga meter unos azotes con el escuadrón de seguridad.

La Mecha lanzó una carcajada estridente.

—Pero no se aflija, senador —dijo—. Esos mocosos no van a tener candidatos...

—Los tienen —afirmó el senador con tristeza—. Y son mejores que los nuestros.

—¿Mejores?

—Desde el punto de vista electoral, se entiende... —dijo el senador apretando los dientes.

—No entiendo.

—Son dos insanos.

—Sigo sin entender —dijo la Mecha sacudiendo su melena y sonriendo con aire de extrañeza.

—Estos canallitas han elegido como candidatos a un tonto y a un loco.

—¿A un tonto y a un loco?

—Sí. Y los pasean por la ciudad en coche de plaza, los exhiben en la vidriera de un negocio céntrico vestidos de galera y *jacquet*. Son el hazmerreír de todos. Pero, precisamente, porque son el hazmerreír la gente los va a votar como la mejor forma de castigar al gobierno. Y si la chacota se extiende puede haber una pueblada en las urnas.

—Entonces —dijo la Mecha— hay que cerrarles el paso.

—¿Cómo? ¿Con el escuadrón de seguridad? Sería peor. ¿Y si de los azotes se pasa a mayores? Mejor es dejarlos.

—No lo entiendo —dijo riendo la Mecha—, recién me decía...

—Una intervención federal —le contestó, cerrándole el paso, el senador— no conviene a nadie ahora. Es lo que ayer le dije al gobernador...

El hombre, con rabia, dio una trompada en la almohada.

—¡Maldito muchacho! —dijo—. Él cree que la vida fácil que lleva le viene del cielo. Cuando el hambre lo apriete va a entender muchas cosas. Y sobre todo que, desde la comida que se lleva a la boca hasta los libros con que estudia, se los he dado yo, con el dinero que ahora me echa en cara por mal habido.

Se quedó en silencio. Luego se incorporó y comenzó a vestirse con desgano. La Mecha se había quedado seria también. Como para romper la tensión creada la mujer preguntó:

—¿Y cómo se llama el partido creado por los muchachos?

—No sé... —masculló de mala gana el senador— "La Bandera Negra" o "De la Bandera Negra"... así he oído decir... El reverso del nuestro. "La Bandera Blanca".

Luego se volvió como picado por un bicho.

—¿Por qué me lo preguntas? —dijo— ¿Es que pensás votar por ellos vos también?

La mujer lanzó una carcajada metálica y burlona y se revolvió luego, voluptuosa, en la cama.

## 14

—Aquí es —dijo el cochero.

Camilo se bajó, miró el frente de la casa, se fijó en la numeración y luego dijo:

—¿Cuánto le debo?

—Lo que sea su voluntad —dijo el cochero.

Camilo titubeó, buscó en los bolsillos y juntó un puñado de monedas.

—¿Está bien? —le preguntó el cochero.

—Y... —dijo el hombre— Todavía falta.

Camilo siguió buscando, pero no encontró nada más.

—No tengo... —dijo.

El cochero cambió de actitud.

—¡Búsquese!... —dijo en tono imperioso— Usted cree que con lo que me ha dado se puede hacer algo.

—Le pregunté cuánto era —dijo Camilo—. Usted me contestó que...

—Un momentito... —lo interrumpió el cochero—. No nos equivoquemos. Cuando se dice "lo que sea su voluntad", siempre se entiende que ya se sabe cuánto vale el viaje.

—No sé ni sabía.

—Pero debe saberlo.

—No soy de aquí.

—Sos santiagueño.

—¿Entonces?...

—Antes de salir me hubieras preguntado. Me parecía que no eras de aquí. Y ahora qué hablás...

—Bueno —dijo Camilo—, ¿cuánto le debo?

—Un peso. Me has dado setenta centavos. Faltan treinta.

Camilo volvió a buscar en los bolsillos.

—Tengo apuro —dijo el cochero—. Si no encontrás la plata me voy con la bolsa que tenés en el coche.

—¡No!... ¡No!... eso no!

—¿Entonces?

El cochero tomó el látigo e hizo ademán de azuzar al caballo. De un salto, Camilo subió al coche, tomó la bolsa y se metió en el zaguán de la casa. El cochero se bajó enfurecido. Acorralado por el hombre, Camilo se encontró también con que una puerta cancel le cerraba el paso. Desesperado la abrió y volvió a cerrarla echando todo el peso del cuerpo sobre ella.

El cochero comenzó a golpear con fuerza. Luego la emprendió a patadas.

—¡Ladrón!... ¡Abri la puerta!... ¡Pagame el viaje!

Camilo sostenía la puerta con el hombro derecho. La hoja se sacudía fuertemente. Con la mano izquierda apretaba la bolsa que contenía la valija negra.

Varias puertas se abrieron y, temerosas, algunas mujeres comenzaron a acercarse a Camilo que ahora transpiraba copiosamente. Al fin se abrió paso un hombre corpulento en mangas de camisa. Tenía puestas en las mangas unas ligas negras, usaba corbata moñito y un cuello blando con puntas redondas.

—¡Qué pasa! —dijo el hombre.

—¡No sabemos! —dijeron las mujeres.

—¿Y ése?... —preguntó el hombre señalando a Camilo.

—No sé... No sabemos...

—Ese gauchito se metió corriendo, recién —dijo otra de las mujeres.

El hombre se acercó a Camilo y lo hizo a un lado. La puerta, sin traba alguna, se abrió violentamente y el cochero tropezó con el gigantón. Éste le puso una manaza en el pecho y lo retuvo.

—¡Ladrón!... —dijo el cochero. Entonces se dio cuenta que estaba frente a otra persona.

—¿Qué querés? —dijo el hombre.

El cochero vaciló. Luego señaló:

—Ahí está...

—¿Quién?...

—El que me debe el viaje...

—¿Y por eso tanto escándalo?

El cochero se achicó y levantó los hombros en señal de duda. El hombre se volvió, encarándose con Camilo que apretaba con fuerza la bolsa de la valija negra.

—Y vos, ¿qué querés? ¿Por qué te has metido aquí? Pagale...

Camilo abrió grande los ojos.

—¡Andá!... ¡Pagale!... —insistió el hombrón.

—Es que no me queda más dinero, señor —dijo.

—¿Cuánto te debe? —dijo el hombre.

—Un peso, señor —respondió el cochero.

—¡Mentira! —gritó Camilo— Ya le he dado setenta centavos. Me faltaban treinta.

El cochero retrocedió temeroso.

—¿Así que con que queriéndome joder? —gritó el hombre.

El cochero balbuceó:

—No, señor... no.

—Date el espante —dijo el hombre— que yo tengo un remedio que te va a hacer pasar rápido la pijotería.

Y se acercó amenazador. El cochero se tocó el ala del sombrero, balbuceó un "buenas tardes" y salió. Las mujeres que miraban la escena estallaron en carcajadas.

El hombre sonreía. Moviendo la cabeza dijo:

—Estos "degüellos"...

De pronto se encontró con Camilo que apretaba la bolsa contra su pecho.

—¡Y vos también rajá! —le gritó el hombre. Las mujeres redoblaron sus risas porque comprendieron que iban a tener otra escena cómica.

—No, señor —tartamudeó Camilo.

—¡Cómo!... —gritó el hombre.

—Es que yo vengo para aquí.

Las carcajadas fueron mayores. Sorprendido por la respuesta el hombre no pudo ya fingir indignación.

—Pero es temprano, gauchito. ¿No ves que las chicas no están listas? —le dijo—. Volvé a la nohcecita.

—Busco a una señorita —dijo Camilo.

—¿Señorita? —preguntó el hombre levantando una ceja.

—Mercedes Paunero, señor. Le traigo un encargo y un mensaje.

Con más aspavientos las mujeres volvieron a reunirse. Una de ellas gritó:

—¡Llamala a la Mechal!

—¿Así que con un encargo y un mensaje? —repitió el hombre.

—Sí, señor.

—A ver el encargo...

—No puedo, señor. Tengo que dárselo en manos propias. Y el mensaje también: debo decírselo sólo a ella.

—¿Y de quién es? —preguntó el gigantón.

—De un amigo, señor. De un familiar... No le puedo decir más...

El hombre arrugó la frente. Luego dijo:

—A ver el encargo...

Camilo apretó la bolsa aún más contra su pecho.

—No puedo, señor. No puedo... No me obligue... —dijo.

—Mira, gauchito... no te hagas el duro —dijo el gigante.

—No puedo, señor... No puedo... —repitió Camilo maquinalmente mientras retrocedía.

Las mujeres festejaban ruidosamente la escena. El hombre tiró un manotazo a la bolsa y Camilo lo esquivó.

—Vení, te digo —exclamó el hombre—. Esta vez no estás tratando con el degüello.

Camilo empujó a una de las mujeres. A sus espaldas alguien dijo con voz firme:

—¡Dejalo, Lorenzo! ¡Te digo que lo dejés!

—¡Mecha! —dijo una de las mujeres.

—Está bien —dijo el hombre—. Me estaba divirtiendo.

—¡Andá adentro, Lorenzo! —dijo la mujer. Y volviéndose a las mujeres agregó:

—Ustedes también. Es a mí a quien busca y no a ustedes.

Las mujeres habían dejado de reír. Una de ellas dijo:

—No te hagas la pretenciosa. No creás que tenés derecho a mandarnos porque te acostás con el senador Márquez.

La mujer le contestó con rabia contenida:

—Eso me importa a mí y a nadie más.

Y volviéndose a Camilo le preguntó:

—Y vos, ¿qué querés? Yo soy Mercedes Paunero.

—Le traigo un mensaje —balbuceó Camilo.

—¿Sí? ¿De quién? —preguntó la mujer extrañada.

Camilo se acercó y le dijo muy despacio para que los demás no oyeran:

—De Pelayo...

La mujer abrió los ojos.

—Pasá... Vení, te digo —agregó luego, algo nerviosa.

## 15

—Esperame aquí —dijo la Mecha—. Yo ya vuelvo. Pero no te movás, ¿me entendés? No te movás. Voy a despachar a un cliente.

Camilo asintió con la cabeza. Sin dejar de apretar contra el pecho la bolsa, tomó asiento en una silla de Viena. El espejo del tocador que tenía enfrente reflejó su imagen, sucia por la tierra del viaje. Tuvo un poco de vergüenza, pero sólo atinó a quitarse el sombrero y ponerlo en el suelo, boca abajo.

De la pieza vecina, apagados por el espesor de la pared, venían risas y cuchicheos.

Camilo aguzó el oído. Eran voces de hombre y de mujer. Se encendían de pronto y estallaban estridentes, con un gozo animal, algo así como el ruido de un surtidor o el gorjeo de muchos pájaros. Después, decrecían lentamente hasta volverse afeopadas y desaparecer. El silencio reinaba un largo rato.

Hubo un momento en que las voces se cortaron. Una puerta se abrió luego y los que conversaban y reían comenzaron ahora a hablar en el patio.

La Mecha volvió. Estaba agitada. Se sentó en la cama y miró a Camilo fijamente. Éste bajó la vista y miró el sombrero que había puesto en el suelo.

—Así que lo has visto...

Camilo dijo que sí con la cabeza.

—¿Dónde?

—En un cañaveral de "Finca Luisa". Estaba a punto de comenzar con un tablón de cañas.

—¿Y?... —preguntó la Mecha con un dejo de angustia en la voz.

Camilo vaciló.

—¿Y?... —lo apuró la Mecha.

—Estaba muy malherido... —dijo Camilo ensordeciendo la voz.

—¿Qué?... —gritó la mujer poniéndose de pie y yendo hacia el muchacho.

Al verla venir Camilo sonrió con tristeza como diciendo: "Pero, niña: yo no soy el culpable..."

—¿Qué pasó? —dijo la mujer.

Camilo se encogió de hombros:

—No sé. Estaba lleno de sangre. Se cortó en seguida... Con mi amigo Méndez lo enterramos... Antes de morir me pidió que le entregara a usted esta valija. Y me dijo que le

avisara que se vaya a Rosario... que se olvide de él... que se olvide de él...

La mujer estaba sumamente pálida. Quiso dar un paso en dirección a Camilo, al menos ésa pareció su intención, porque se quedó con la mano extendida. Después tuvo que apoyarse con la otra en una de las perillas del espaldar de la cama de bronce.

## 16

Se cubrió los ojos. Vaciló como si estuviese a punto de perder el equilibrio. Buscó la cama a tientas y se sentó. Respiraba agitada, como si hiciese esfuerzo para no llorar. Al final la respiración se fue haciendo más pausada. Después de unos instantes levantó la cabeza y miró a Camilo. Éste, ahora, apretaba, junto con la bolsa, el sombrero que había levantado del suelo

—¿Sufrió mucho? —preguntó la Mecha con la voz entrecortada.

—No... —dijo Camilo.

—¿Vos eras amigo de él?...

—No... no...

—¿Y entonces?...

—Me hizo jurar que tenía que entregarle esta valija. Y usted sabe, niña, cuando se promete algo a un muerto hay que cumplirlo. Esa palabra es sagrada.

La mujer quedó pensativa. Luego dijo en voz alta, pero para sí, como si hubiese salido de una reflexión interior:

—Entonces, era verdad que él estaba metido en ese asunto de los pagadores del ingenio...

Camilo se encogió de hombros.

La mujer se puso de pie, ansiosa, como impulsada por una duda que de pronto se había vuelto sospecha.

—¡Mostrame lo que traés!... —dijo imperiosa.

Camilo dejó caer el sombrero y comenzó a desenvolver la bolsa. Luego sacó la cartera negra y se la alcanzó a la mujer. Ella apretó el cierre y lo hizo correr.

—¡Santos cielos! —dijo cuando abrió la cartera—. ¡Cuánto! Luego miró a Camilo largamente, como si tuviese remordimientos, como si hiciese planes para el futuro, como si pensase qué iba a hacer con el pobre muchacho que la miraba azorado.

## 17

—¿Sabés qué es esto? —preguntó la mujer a Camilo, enseñándole la cartera.

Camilo dijo que no con la cabeza.

—Es el dinero de un asalto. Es decir que estás metido en un asunto feo, como lo estoy yo y como también lo está tu amigo, ¿cómo me dejiste que se llame?

—Méndez... —dijo Camilo sonriendo.

—No. No es para reírse —dijo la Mecha—. Además de ustedes, ¿quién más sabe del asunto? —preguntó sorprendidamente la mujer.

—Nadie más.

La mujer se calló.

—Y vos, ¿por qué lo has hecho? ¿Esperás que yo te dé dinero? ¿Cuánto querés? —disparó las preguntas con ansiedad, una tras otra.

—Tenía que cumplir con lo que le había prometido al muerto. No necesito dinero... Y a mí no me puede pasar nada... —Camilo respondió mecánicamente, sin levantar la vista del suelo, como si estuviese avergonzado.

—¿Cómo?... —gritó la mujer, levantándose y yendo hacia él.

Camilo alzó la vista y la miró fijamente. La mujer se detuvo ante la mirada triste y profunda, ante la seguridad que había en esos ojos melancólicos.

—Es que a mí no me puede pasar nada —volvió a decir Camilo con tranquilidad.

La mujer se sintió desarmada. Con un resto de agresividad se atrevió a preguntar:

—¿Qué no te puede pasar nada?

—No... —dijo Camilo—. Yo no he robado ese dinero. Lo único que hice es cumplir con la palabra prometida a un muerto. La palabra es sagrada.

—Pero la policía...

—Lo único que hice es cumplir con la palabra empeñada a un muerto —volvió a repetir Camilo con una gran tranquilidad de conciencia que terminó por desarmar a la mujer. Se dejó caer a los pies de la cama y comenzó a llorar en silencio.

—Además —dijo Camilo con dulzura—, nada ni nadie me pueden hacer daño.

La mujer levantó la cabeza, intrigada. Hubo en sus ojos un relámpago de miedo. Esperó ansiosa.

—Mientras viva el chañar, donde está "injertada" mi alma —dijo Camilo con tranquilidad— a mí no me puede pasar nada.

Y pausadamente comenzó a contar lo que había hecho su madrina antes de que él saliera para Tucumán. Luego contó las historias de muchos otros que también habían sido sometidos a la misma prueba y de los casos en que la eficacia del "injerto" había quedado demostrada.

Hablaba con una gran firmeza, con una fuerza simple, sin ademanes y sin levantar la voz.

Cuando se refería a su madrina bajaba un poco el tono, hasta llegar al susurro.

A medida que hablaba Camilo, la Mecha fue acercándose. En un momento dado puso su mano sobre la mano de él, que la tenía apoyada en la rodilla.

Camilo bajó la vista y vio los ojos grandes y húmedos de la mujer que lo miraban con cariño, con piedad, con un algo en que la ternura y la melancolía se mezclaban. Y guardó silencio.

La Mecha inclinó la cabeza y con su mejilla le rozó la mano. Luego se la besó.

Camilo la retiró en un arranque indefinido de miedo y de pudor y la puso en el pecho. La mujer levantó la mirada nuevamente.

—No sé como puedo agradecértelo —dijo.

—No tiene nada que agradecerme —dijo Camilo. Después agregó:

—Ahora tengo que irme. Creo que ya he cumplido con el difunto. Me espera mi amigo.

—¡No! —gritó la mujer— ¡Esperá! Quedate unos días conmigo... Te voy a dar parte del dinero... Te voy a comprar ropa para que le llevés a tu madrina.

Hablaba atropelladamente, con angustia. Tenía que ganar tiempo hasta saber si la policía tenía noticias de Camilo, si alguien lo había seguido hasta el prostíbulo. Pensó: "¡Pobre hombre! en todo caso me lo llevo a Rosario."

—No podés irte así —dijo al fin apretándole la mano.

Camilo sonrió dulcemente. Luego bajó los ojos avergonzado.

## 18

—¿No hay novedades para el diario, mi jefe? —dijo Werner con una sonrisa burlona.

El inspector Vázquez lo miró sostenidamente y respondió con otra sonrisa:

—¿Y qué puedo saber, mi amigo Werner? —dijo— Además, a ustedes la verdad no les interesa. Sigán sacándole el jugo a esa fábula que han inventado. Pero yo les aseguro que las cosas van por otro camino y que el autor no es ese sujeto que figura todos los días en su página.

Werner se incorporó picado por la curiosidad.

—Usted sabe algo —dijo entre irónico y curioso.

—Posiblemente... posiblemente —repitió el inspector Vázquez, comenzando a ojear unos prontuarios que tenía sobre el escritorio.

Werner aguardó unos instantes. Luego dijo:

—Lo que nos interesa es que la verdadera identidad del autor del delito no se sepa tan pronto. Ahora nos conformamos con lo que tenemos entre manos. Después ya comienza la campaña electoral y la gente se irá olvidando.

—En dos o tres semanas ustedes comenzarán a explotar el asunto de los estudiantes —dijo el inspector Vázquez—, el grotesco partido que acaban de formar y sus más grotescos candi-

datos. ¿No es verdad? Pero en esta carrera del asalto a los pagadores llegaremos nosotros antes que ustedes.

—¿Antes de tres semanas, inspector? —preguntó Werner burlón.

—Mucho antes... mucho antes...

Abrió el cajón de su escritorio y sacó un billete.

—Con este billete se pagó en Monteros un boleto de tren. Ahora tengo gente investigando en Monteros. Un poco de paciencia y aparecerá otro billete en Tucumán. El hombre que pagó el boleto está en esta ciudad, pero está sin dinero. Es decir, sólo tiene el vuelto que le dieron en la ventanilla de Monteros. Y con ese vuelto no puede ir muy lejos. Tiene que comer, que... Es cuestión de paciencia.

—¿Y de horas? —dijo Werner.

—Salvo que tenga cómplices que lo ayuden a salir de la provincia —dijo el inspector abriendo una puerta a la duda.

—¿Cómplices? —preguntó Werner y frunció el entrecejo.

—Pero por las señas que tengo —dijo el inspector, sonriendo nuevamente—, me parece que no; es nuevo en el oficio. Las cosas las ha hecho solo.

Werner trató de mirar el expediente del legajo que estaba abierto sobre el escritorio. Después dijo:

—Veo que está leyendo las biografías de viejos amigos suyos.

—¿Incluyendo la de su héroe?

—Que sólo existe en mi imaginación.

—No. En las páginas de su diario —corrigió el inspector—. Como usted ve, soy desconfiado; ¿quién me dice que su personaje no sea real? ¿Y que usted no tenga tanta imaginación como quiere hacernos creer? ¿Quién me dice que usted no esté mezclado en este asunto?

Werner hizo un esfuerzo para reprimir un gesto de sobresalto.

—¿Quizá eso quiera decir —agregó con sorna el periodista— que si no encuentra a los autores del asalto a los pagadores, usted me va a mezclar en el lío a mí también?

—¿Y por qué no? —dijo con franco cinismo el inspector Vázquez—. Nosotros tenemos que defendernos de la opinión pública que ustedes crean. ¿No saben ustedes tantas cosas? —

agregó sonriendo esta vez con una sonrisa de roedor mientras se atuzaba su bigote recortado y pulido.

Werner recobró el aplomo. Luego dijo:

—Eso se llama chantaje.

—No. ¿Por qué utilizar una palabra tan vulgar? Quizá eso se pueda llamar *cooperación forzada*. ¿No le parece? Es más elegante. Así no nos podrán acusar de querer coartar la libertad de prensa. Usted, además, no es el diario. En cuanto su patrón vea el cuento feo lo tirará por la borda. Así lo ha hecho siempre.

Werner se mordió el labio inferior y trató al mismo tiempo de seguir sonriendo. Luego dijo:

—¿Así que estoy emplazado?

—No, amigo Werner —dijo el inspector Vázquez—. Usted es una posibilidad de tantas. Ahora ruegue que el hombrecito que sacó el billete en Monteros tenga miedo, quiera huir o que tenga mucha hambre y que salga a gastar los otros billetes. Es mi tesis. Ruegue que esa tesis sea la justa, que usted esté equivocado. Y ahora tengo que proseguir leyendo las biografías de estos hombres ilustres porque jamás juego a una sola carta ni a una sola posibilidad. ¿Quién me dice que alguno de estos ángeles no esté mezclado en el asunto? Usted, ellos... tantas posibilidades... Por eso no hay por qué afligirse.

Werner retrocedió unos pasos hacia la puerta. Antes de torcer el picaporte dijo:

—Inspector: es la primera vez en mi vida que corro una carrera con el tiempo y con la policía.

Pero el inspector Vázquez no respondió esta vez. Se ajustó los lentes y se enfrascó en la lectura de los prontuarios.

## 19

—Necesito hablar con vos —le dijo la Mecha a la Rubia.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora. Estoy en un apuro.

—¿Qué?... —dijo la Rubia como queriendo insinuar algo.

La otra mujer la cortó en seco:

—No sabés nada. Vení a mi pieza.

Ambas entraron. La Mecha se sentó a horcajadas en una silla y apoyó los brazos en el respaldo. La Rubia se sentó a los pies de la cama.

—Hablá... —dijo la Rubia.

—Jurame que no vas a decir nada —rogó la Mecha.

La Rubia hizo un gesto mecánico: cruzó los dedos índices de las dos manos y se los llevó a la boca.

—Necesito que me prestés la pieza del altillo por unos días.

—¿Estás loca? Y la nueva, ¿dónde la pongo?

—La necesito.

—¿Y dónde pongo los cachivaches?

—Qué sé yo... Tiralos... reducidos... —gritó la Mecha.

La Rubia se quedó mirándola largamente.

—¿Qué vas a hacer ahí? —dijo.

—Tengo que alojar por unos días a un amigo.

—¿A quién, al gauchito que ahora está en la pieza de Lucy?

—Sí. A ése.

—¡Avisá, che! ¿Y quién es?

—Eso no te importa. Un amigo, alguien que me ha hecho un gran favor y que ahora está en un apuro.

La Rubia se incorporó de la cama y fue hasta la Mecha. Ésta levantó la cabeza cuando aquélla le puso una mano en la cabeza. Luego le dijo lentamente:

—¡Acabala con ese metejón idiota que tenés! Un día, ese Pelayo te va a dar un buen dolor de cabeza.

La Mecha se levantó de la silla enfurecida.

—No te metás en mis cosas, ¿querés? —le gritó—. Te pido que me prestés el altillo. ¿Se puede o no se puede?

—No quiero andar en líos con la Francesa —dijo la Rubia retrocediendo.

La Mecha cambió de tono. Ahora imploraba.

—Te aseguro que el Pelayo no tiene nada que ver en este asunto.

Vencida por el tono de súplica, la Rubia dijo:

—¿Por cuántos días?

—Más de tres no han de ser.

**BIBLIOTECA DE LETRAS**  
 Donación  
 de Inés y David  
 Lagmanovich

—Bueno. Está bien —dijo la Rubia yéndose hasta la puerta. La Mecha corrió y la abrazó por la espalda. Después la besó en la mejilla.

—¡Gracias! —le dijo.

La Rubia se volvió. Entonces la Mecha advirtió que ésta tenía un brillo raro en los ojos.

## 20

La Mecha subió al altillo con la comida.

—¿Vos fumás? —le preguntó a Camilo y éste respondió afirmativamente con la cabeza—. Aquí te traigo un paquete de cigarrillos y fósforos. Acostate temprano y no vayas a querer apatecer ni mucho menos bajar por más que sientas música y voces. ¿Me has oído?

El tono de la mujer era duro y autoritario, pero en el fondo había un dejo de ternura.

Puso la bandeja sobre la mesita y arrimó una silla.

—Comé... —le dijo trayendo otra silla y sentándose.

Camilo, en mangas de camisa obedeció lentamente, como desganado. La Mecha comenzó a servirlo lentamente.

—Después que esta noche averigüe una cosa —dijo haciendo sonar el cucharón en la sopera y en el plato— voy a ver cómo hago para mandarte de vuelta...

Se detuvo. Miró al muchacho, vacilante, como si se le hubiese ocurrido una nueva idea en la que antes no había pensado.

—¿O querés venirme conmigo a Rosario? —dijo lentamente. Camilo sonrió con tristeza.

—¿A Rosario? No sé donde queda. ¿Qué voy a hacer en Rosario? Tengo que volver a Monteros para ayudarle a Méndez. Cuando pase la cosecha regresaré a Santiago. Mi madrina me espera.

La mujer sacudió la cabeza.

—Está bien —dijo.

El silencio se fue haciendo cada vez más opresor. Camilo comía lentamente. De improviso la mujer se levantó y dijo:

—Me tengo que ir. Pronto van a llegar los clientes. Ya sabes. No salgás para nada, ¿me has oído?

Antes de llegar a la puerta se volvió y agregó:

—No te pongas a espiar lo que pase allá abajo, ¿me has oído?

Esta última frase la dijo con un dejo de rabia y de temor a la vez.

## 21

Camilo se despertó sobresaltado por las voces y la música. Se levantó de la cama y se fue hacia la puerta, pero se acordó de lo que le había dicho la mujer y se detuvo. Miró alrededor de sí y descubrió una pequeña ventana cercana al ropero. Esta estaba muy alta. Arrimó una silla y se trepó en ella.

El patio, allá abajo, estaba transformado. La Mecha iba y venía sirviendo las mesas que estaban puestas en las galerías. Una pianola, al fondo, desgranaba con sonido metálico un tango arrastrado. En el centro del patio varias parejas bailaban, algunas en silencio, como adormecidas por una droga misteriosa, las mujeres apoyando la cara en el hombro de su compañero, con las miradas perdidas, como si ambos flotaran en el agua espesa de un remanso.

En los aleros de las galerías habían colgados focos de colores y en el medio del patio, donde se arrastraban con pereza los bailarines, quedaba una penumbra viscosa.

Frente a una mesa, la Mecha se detuvo con una bandeja llena de vasos y botellas vacías. El hombre que estaba sentado tenía una mujer en sus rodillas y la acariciaba mecánicamente mientras hablaba con la Mecha. Ésta, de pronto, lanzó una carcajada y el hombre se incorporó dejando caer al suelo a la mujer.

La Mecha dejó una bandeja y arrastró al hombre de una mano hacia el centro del patio donde bailaban las parejas. Comenzaron a bailar, hicieron dos o tres pasos y la música se cortó.

—¡Rubial —gritó la Mecha—. ¡Cambiale el rollo a la pianola. Poné algo más alegre a ver si este velorio se anima un poco!

Después de un momento la pianola comenzó a tocar el *shimmy* "Melenita de Oro". La Mecha se desprendió de los brazos del hombre y fue hasta el centro del patio. Allí inició una danza alocada. Comenzó a saltar, primero. Luego se despeinó mientras daba pequeños gritos de animal asustado. Después se desató el cinto del quimono y comenzó a girar locamente dejando entrever en cada vuelta el relámpago de su cuerpo blanco.

Varios hombres y mujeres que estaban sentados se acercaron y le hicieron rueda mientras marcaban el compás con golpes de mano. Las miradas, húmedas y golosas de los que hacían la rueda, trataban de sorprender, entre el revuelo del quimono, el fugitivo relámpago de la carne.

La Mecha echó la cabeza hacia atrás, se despojó del quimono, quedando totalmente desnuda, se tomó los senos con las manos y comenzó a girar más vertiginosamente aún, sin importarle ya de la música, como si tratara de alcanzar algo, de olvidar algo o de ahogar, en el remanso que formaba, algo que la estaba estrangulando lentamente.

Un hombre se abrió paso de pronto entre el círculo de los curiosos, levantó el quimono del suelo y cubriéndola sofocó el remolino que hacía la mujer. La Mecha se desvaneció. Este la levantó en vilo y se dirigió con ella a una de las puertas que daban sobre el patio. Cuando alcanzó a penetrar en la pieza cerró la hoja violentamente.

Camilo descendió de la silla pensativo y azorado. Se sentó en el borde de la cama y se pasó la mano por la frente. Pensaba y trataba de explicarse el por qué de todas esas cosas. Luego se acordó de Méndez, de su mujer, de los chicos, de su madrina, de la valija con dinero y, por último, del rostro del moribundo.

## 22

—¿Estás loca? —dijo Werner dejándola caer con fuerza sobre la cama.

La Mecha lo miró con rabia salvaje.

—¿Y a vos, qué te importa? —dijo.

Werner trató de acercársele, pero la Mecha se arrinconó en el espaldar.

El hombre, vencido, se sentó en el borde de la cama.

—No sé por qué te metes en mis cosas —dijo la mujer como masticando las palabras.

Werner movió la cabeza lentamente de un lado para otro en señal de compasión.

—Me importa —dijo lentamente—. Vos bien lo sabés.

La mujer se lanzó a reír estrepitosamente, con una risa burlona, hostil, hiriente.

—Estás dopada otra vez —le dijo Werner en voz baja. La mujer cortó bruscamente su risa. Abrió los ojos y gritó:

—Sí. ¿Y a vos, qué? Soy bastante grande y sé lo que hago.

—No —dijo Werner con tristeza—. No sabés lo que hacés. Querés aturdirte para no pensar.

Decidida y salvaje, la mujer se le acercó.

—No pensar... no pensar... ¿en qué? —dijo apretando los dientes.

Werner la miró con los ojos velados por la tristeza.

—En aquello que vos bien sabés que es imposible... En Soria.

La mujer lo tomó de los brazos y comenzó a sacudirlo gritando:

—¡Ya te he dicho que no te metás en mis cosas! ¡Además, para qué hablar de un muerto!...

Se detuvo bruscamente, vaciló unos instantes, y luego agregó:

—Quiero decir... de alguien que ya ha muerto para mí... .

Werner vio que la Mecha bajaba la mirada.

—¿Que ha muerto? —le preguntó incorporándose con los ojos encendidos.

La mujer se puso a la defensiva:

—Sí, ya me he cansado de sus mentiras... de la vida que lleva... de la forma como me trata.

—Entonces... —dijo Werner anhelante.

—No —le respondió la Mecha cortante, como si hubiese adivinado su pensamiento—. Me voy a Rosario.

—En Rosario tengo amigos... —dijo Werner entre entusiasmo y suplicando—. Puedo trabajar en "La Capital"... Allí me conocen...

—No, Werner —dijo la mujer—. No quiero que me sigas. ¿Para qué te vas a mezclar en mi vida?...

Desalentado, el periodista volvió a agachar la cabeza. Ambos se quedaron así, en silencio, durante un rato. Con un hilo de voz dijo la Mecha:

—¿Qué sabés vos del asalto a los pagadores del ingenio Santa Lucía?

Como tocado, Werner levantó la cabeza.

—Y por qué te interesa? —preguntó agresivo.

—Y... porque te leo en el diario... —dijo la mujer esquiva.

—¿Acaso vos creés?...

La Mecha lo cortó severamente:

—¡Yo no creo nada! Quería decir algo.

Werner la miró con ironía. Luego, tratando de descubrir algún gesto, alguna mirada que delatara a la mujer, dijo:

—Lo que digo en el diario son mentiras... Ellos, la policía, están sobre la verdadera pista... Ese asaltante del diario no existe, pero existe el otro, el que tiene en su poder los billetes cuya numeración y serie conoce bien la policía... Cada billete que el asaltante gasta es una señal que, para la policía, deja en su camino... Dentro de poco el comisario inspector Vázquez va a acortar distancia. Por el momento está un poco desorientado... Sembrando sus billetes, el asaltante ha llegado hasta Tucumán, pero aquí se le ha perdido y hasta el momento parece que no ha tenido necesidad de comprar nada... Seguramente está escondido... pero tendrá que salir, a comprar un boleto de tren para viajar al sur... Y entonces...

Werner dejó la frase en suspenso. Estiró la mano y tomó el mentón de la Mecha suavemente, pero con firmeza, y le fue

levantando la cabeza hasta que tuvo sus ojos frente a frente. La mujer lo miró, primero con tristeza, pero luego los ojos se le encendieron como si hubiera aceptado el desafío.

Desesperadamente, Werner trató de sorprender algo en esa mirada que se le resistía con terca voluntad. Luego bajó la mano, se levantó y dijo:

—Hacé lo que querás... Vos ya sos grande...

## 23

En la oscuridad, Camilo se despertó de golpe. Un tufo a alcohol, a anís y a perfume había invadido la pieza. Alguien estaba parado al borde de su cama.

Se incorporó y sintió que una voz ronca de mujer le decía:

—¿Pelayo?... ¿Has vuelto?... Mañana nos vamos a Rosario... Esta vez haremos las cosas de otro modo... Tengo miedo, Pelayo... Basta de fulerías...

Camilo retrocedió espantado. La suave penumbra de la madrugada que se filtraba por las puertas y por la ventana alta dibujaban el cuerpo desnudo de la Mecha. La mujer se tambaleaba. Estaba borracha.

—¿Pelayo!... —dijo otra vez la mujer, trastabillando y sentándose en la cama para no caer—. ¡Te digo que desde ahora las cosas van a cambiar! ¡Ya es hora!... ¡Tengo sueño... mucho sueño!... ¡Y tengo miedo!... ¡No te volvés a ir, Pelayo!... ¡No me dejés sola!...

Camilo sintió que la mujer lo buscaba en la oscuridad.

—¡Haceme un lugar, Pelayo!... —suplicó la mujer—. ¡Constatame!... ¿No ves que estoy enferma y tengo frío?...

Camilo se sintió alcanzado por una mano que se crispaba.

—¡Habla, Pelayo!... ¡Soy yo, la Mecha!... —insistió la mujer.

Camilo sintió que el aliento a alcohol era más fuerte.

—¡Decime que mañana nos vamos a Rosario! ¿Me has oído?... —exclamó la mujer con un sollozo que era casi un estertor.

Camilo la abrazó tiernamente y la puso en su regazo. Sintió en sus manos los senos ateridos de la Mecha. Ella comenzó a cantar muy bajito, con voz ronca, algo que no se entendía, y al mismo tiempo trataba de balancearse como si quisiera que la mecieran.

—¿A Rosario?... Sí, a Rosario —dijo con un poco de miedo, con un poco de ternura, pero sin entender todavía nada de lo que estaba ocurriendo.

## 24

El ruido de los baldes y de las escobas y el sol que se filtraba con fuerza por la ventana y por las hendijas de la puerta despertaron a la Mecha.

Se incorporó aturdida. La cabeza le pesaba y le dolían los ojos.

Miró alrededor de sí. Vio que estaba en la pieza del altillo y dijo:

—¡Ah!...

Trató de levantarse. Buscó el kimono y lo encontró tirado al pie de la cama. Se acordó de Camilo.

—¿Dónde se habrá metido? —se preguntó en voz alta.

Con los pies buscó a tientas las chinelas debajo de la cama. El frío de las baldosas la hizo estremecer. Al fin se fijó que estaban cerca del ropero y fue en su busca.

Frente al espejo terminó de ajustarse el cinto del quimono.

Recordó las palabras de Werner y un oscuro sobresalto la recorrió como un escalofrío. Se ajustó las chinelas para poder bajar las escaleras, abrió la puerta y en el marco se dio con Camilo que sonreía.

—¿Dónde te has metido? —gritó la Mecha.

Camilo siguió sonriendo.

—Ya te he dicho que no tenés que salir —gritó más fuerte la mujer.

—Fui a comprarle un regalo —dijo Camilo al tiempo que extendía la mano con un paquete.

La Mecha sintió que la desarmaban.

—¿Para mí? —preguntó. La vanidad la invadió como una llama golosa. Pero de pronto tuvo un presentimiento.

—¿Con qué plata? —gritó.

Camilo dejó de sonreír y se encogió.

—Saqué uno de los billetes de la cartera —dijo tímidamente.

—¿Qué?... —gritó la mujer—, ¿qué has hecho?...

Se dejó caer en la cama y se tomó la cabeza con las manos. Camilo, aterrado, dio un paso atrás. La mujer volvió a levantarse. Estaba pálida.

—¡Infeliz!... —dijo jadeando—. Tenemos que irnos ya. Dentro de un rato estará aquí toda la policía.

—No hice nada malo... no hice nada malo... —dijo Camilo, defendiéndose, sin comprender.

La mujer lo miró largamente. Vaciló. Estaba desarmada y ahora no sabía qué hacer.

—¡Si no fueras así, te rompería la cara! —gritó al fin en un arranque de desesperación—. ¡Tenemos que irnos! ¿Me has oído? ¡Tenemos que irnos!

Se detuvo a tomar aliento. Luego dijo:

—Ahora no podés volver con tu amigo Méndez.

—Méndez me está esperando —dijo con tristeza Camilo.

—¡Pero ahora eso ya no importa! —volvió a gritar la mujer.

Camilo se apoyó en la pared. Estaba confundido. No entendía por qué no podía volver con su amigo Méndez.

Luego de unos instantes se atrevió a decir:

—Vamos a Santiago... Con mi madrina... Allí no puede pasarnos nada. Allí está el chañar de mi *injerto*...

La Mecha lo miró y luego se largó a reír como loca.

—¿Vas a hablar? —dijo el inspector Vázquez.

Méndez hizo una mueca despectiva. Luego dijo:

—Le repito: no sé quién es...

—El ventanillero de la estación...

—El ventanillero de la estación se puede haber equivocado.

—El jefe de la estación también coincide con el ventanillero.

Méndez hizo un gesto de "qué me importa" con los hombros.

—¿No se pueden equivocar los dos? —preguntó.

—Es mucha coincidencia —dijo el inspector Vázquez.

Éste dio varios pasos por la habitación y se detuvo. Se acarició el mentón con la mano derecha, lentamente. Luego, dijo:

—Lo siento, pero vamos a tener que maltratarte. ¿Quién ha sido el que sacó boleto para Tucumán con este billete de cien pesos? ¿Cómo se llama? ¿A dónde fue? ¿Qué fue a hacer? ¿Qué tiene que ver con la banda del Pelayo Soria?...

Se detuvo. Luego agregó lentamente:

—¿Acaso se llama Santos Pereyra?

Méndez dijo que no con la cabeza.

—¡Mirá! —dijo con rabia el comisario inspector Vázquez, acercando la lámpara del escritorio hasta muy cerca de los ojos de Méndez, quien, instintivamente, echó hacia atrás la cabeza—, vas a decir lo que sabés, o te voy a asar vivo. ¿Me has oído?

Méndez apretó los dientes. En ese instante sintió un dolor agudo en los riñones y el hombre que estaba detrás de él le dijo muy bajito:

—¡Hablá!... ¡No seasonso!... Los otros no van a venir a salvarte... Estarán lejos ya, disfrutando de los billetes... Pero poco les van a durar...

Méndez se mordió los labios para evitar un quejido, pero no pudo aguantar más y dijo:

—¡En verdad!... ¡No sé nada!...

El inspector Vázquez vaciló. Iba a decir algo, pero se detuvo; pensó un momento y luego dijo:

—¿Cuántos son ustedes?...

—¿Quiénes?... —dijo Méndez.

—Los que vinieron de Santiago a trabajar en "Finca Luisa"

—Yo, mi mujer, los chicos...

—¡Mentís —gritó Vázquez—, hay uno más! El dueño de la Finca me ha dado esta libreta con los nombres de los peones. ¿Quién es un tal Camilo Vera?

—Lo conocemos, pero no ha venido con nosotros —dijo Méndez.

—¿Y ahora, dónde está?

—Creo que se ha vuelto. Lo agarró el *chucho*.

—¿Y para irse a Santiago tuvo que sacar boleto para Tucumán?

Méndez enmudeció.

—Ya ves como todo se sabe —dijo Vázquez pavoneándose.

—Y si sabe, ¿para qué me lo pregunta? —dijo Méndez—. Yo no puedo hablar.

—¿Que no podés hablar?... —gritó el inspector—. ¿Por qué?...

—Porque se lo he prometido a Camilo. Y Camilo se lo había prometido al muerto, cuando estaba todavía con vida. Eso es como si yo mismo se lo hubiera prometido al muerto.

—¿Qué muerto? —gritó el inspector.

—El que encontramos en los cañaverales —dijo Méndez.

Vázquez se pasó un pañuelo por la frente para secarse la transpiración. Tomó una silla, se sentó a caballo y apoyó los brazos en el respaldo.

—Ahora veo que podemos entendernos —dijo lanzando un soplo de alivio.

## 26

—Tome asiento, amigo Werner —dijo sonriendo el inspector.

Werner lo miró atentamente. Estaba intrigado por la forma y a la hora que lo había hecho llamar. Y sobre todo por esa amplia sonrisa de triunfo que ahora exhibía sin ningún recato.

—Tome asiento —dijo Vázquez—. No tema. Lo he mandado a llamar como periodista. Quiero decirle que el caso del asalto a los pagadores del Ingenio Santa Lucía acaba de quedar totalmente esclarecido.

—¡No me diga! —exclamó Werner fingiendo aún más una extrañeza que en realidad sentía—. A esta hora sale una brigada con dirección a Santiago.

Abrió el cajón del escritorio y sacó un billete de cien pesos.

—¡Al fin apareció! —dijo—. Ahora están en Santiago del Estero.

—¡Quiénes! —preguntó Werner intrigado.

—Santos Pereyra y la mujer que lo acompaña. Hace dos horas fueron llevados a Santiago en un auto de alquiler. Hace seis Santos Pereyra compró un regalo con este billete. Fue la galantería y no el hambre la que hizo aparecer el billete.

—¿Santos Pereyra? —dijo Werner incorporándose.

—Sí. Santos Pereyra.

—¡Pero, no existe!

—¡Cómo que no existe! —dijo socarronamente el inspector Vázquez encendiendo un cigarrillo—. Usted lo ha afirmado en su diario, juego existe. No voy a dudar de la honestidad de un periodista que sabe mantener en alto la libertad de prensa.

Werner no sabía qué contestar. Lo roía la curiosidad. El inspector agregó, flemático:

—No se aflija que en el asunto también está metido Pelayo Soria. Es decir que los dos quedamos bien con la opinión pública. Pelayo Soria y Santos Pereyra trabajaron de común acuerdo. Lástima que Pelayo Soria murió en el tiroteo con los pagadores. El "paco" ahora está en manos de Santos Pereyra que ha huido a Santiago con la concubina de su compinche, una tal Mercedes Paunero, pupila del prostíbulo que está en la calle Santiago...

—¡No!... —gritó Werner golpeando el escritorio.

—¿Qué le pasa, amigo Werner? —dijo el inspector lanzándole a la cara una bocanada de humo.

Werner estaba pálido, tembloroso y se aferraba a los bordes del escritorio. No sabía si para contenerse o para evitar una caída.

Vázquez prosiguió con calma, hablando pausadamente, con un dejo de tonada correntina o paraguaya, como si el hablar lentamente le causara una especie de voluptuosidad:

—... Y desgraciadamente, tanto Santos Pereyra como la concubina de Pelayo morirán ahora, esta madrugada. ¿Causa? Resistencia armada a la autoridad... ¡Qué le vamos a hacer!...

Werner dio un grito:

—¡Hijo de puta!... ¡Hijo de puta!...

Entonces Vázquez lanzó una carcajada. El periodista cayó en cuenta que el inspector acababa de conseguir una parte de lo que se había propuesto y trató de serenarse.

—Así es, amigo Werner —dijo el inspector—. Es una canallada que se le vaya así la vida de un hombre, de un inocente... Ya lo sé. Pero usted queda como un gran periodista y yo liquido un mito nocivo para la sociedad y el orden. Es peligroso crear mitos como ése del noble bandido que roba a los ricos para dar a los pobres. En esos mitos está el germen del anarquismo, de la falta de respeto a la propiedad privada, a la familia...

Vázquez comenzó a desarrollar el discursito que había preparado, acariciado y madurado para esta ocasión.

Pero Werner ya no lo oía. Con la cabeza gacha trataba de esconder los gruesos lagrimones que le corrían por su cara rosada y pecosa.

## 27

Al anochecer, Camilo llegó al rancho de su madrina. La Mecha se quedó esperándolo cerca de la represa.

—¡Muchacho!... ¡Guardián!... —dijo y luego hizo con la boca un sonido como el de un beso prolongado.

Pero no obtuvo respuesta. Antes de entrar se fijó: las champas habían crecido hasta la entrada misma del rancho.

Volvió a gritar:

—¡Guardián!... ¡Muchacho!...

De un algarrobo vecino se levantó una bandada de pájaros nocturnos que hicieron sonar sus alas como si fueran de cuero.

Abrió la loma que hacía de puerta y entró. Cuando los ojos se acostumbraron a la penumbra vio que el rancho estaba vacío. Se habían llevado todo: los catres, el arcón, las mantas, la mesa... Únicamente encontró tres o cuatro tarros ahumados y un lavatorio viejo.

Tuvo un presentimiento oscuro. Salió del rancho y fue a buscar a la Mecha.

—¡Mi madrina no está!... —le dijo a la mujer con un hilo de voz.

Luego, bruscamente, tomó a la mujer de la mano y la arrastró hacia el montecito de chañares. Allí comenzó a buscar desesperadamente el árbol viejo y retorcido donde estaba su *injerto*. Por fin lo halló.

—¡Lo han quemado!... —gritó con voz ronca.

Pero nadie le contestó, salvo el grito lejano de un animal burlón y arisco.

Se sintió solo y abandonado. El cielo, ahora, pasaba del color acero al negro. Iba a comenzar la noche. Tuvo miedo, miedo de que algo inmenso y desconocido lo aplastara.

Aterrado, se tapó los oídos y se arrastró hasta el pie del tronco ahumado del chañar. Ya sin fuerzas se dejó caer. No le importaba nada y ahora, con seguridad, sabía que estaba perdido.

Comenzó a sollozar con un estertor de animal malherido. La Mecha vino corriendo y trató de levantarlo.

—¡Vámonos!... —le dijo.

Pero en ese momento, en el linde del bosquecito, alguien gritó:

—¡Salí, Soria, que te tenemos rodeado!...

Camilo siguió sollozando abrazado al tronco enegrecido.

—¡Salí, Soria! ¡Te conviene!... —volvieron a gritar—. ¡Salí con las manos en alto!

Miró a la Mecha, que también lloraba.

Sonó de pronto un estampido. La mujer dio un alarido y cayó a su lado. Camilo quiso incorporarse cuando sintió un golpe en el pecho. Abrió los ojos y apelando a sus últimas fuer-

zas trató de llegar hasta el tronco del árbol una vez más. Pero las fuerzas lo abandonaron. Apenas si pudo poner una mano trémula en la corteza rugosa y decir:

—¡Madrina!... ¡El árbol!... ¡Lo han quemado!...

Seis hombres con las armas en la mano salieron del montecito de chañares. Uno, alto y moreno, que llevaba una bufanda marrón al cuello, se quedó mirando el cuerpo de Camilo. Con el pie, después, dio vuelta el de ella.

—¡Era linda hembra! —dijo.

—¡Pobre infeliz! —dijo otro, que se disponía a entrar en el rancho—. ¡Y pensar que todas estas basuras terminan de la misma manera!

SE TERMINÓ  
DE IMPRIMIR EN LOS  
TALLERES GRÁFICOS LUMEN  
NOSEDA Y CIA.  
CALLE TUCUMÁN 2926  
T. E. 87-6646/6647  
BUENOS AIRES  
REPÚBLICA ARGENTINA  
EN EL MES DE  
ABRIL  
DE MIL NOVECIENTOS  
SESENTA Y CUATRO

COLECCIÓN  
AUTORES HISPANO AMERICANOS

- Nº 1: Celia de Diego: EL FORASTERO  
Nº 2: J. Ardiles Gray: EL INOCENTE  
Nº 3: Atols Tapia: TRES CRUCES  
Nº 4: Mario Lancelotti: LA CASA DE  
AFEITES  
Nº 5: Mórtha Gavensky: TIEMPO PRE-  
SENTE

---

COLECCION POETICA  
"VERTELOS"

- Nº 1: Carlos Albert: TRECE POETAS  
ARGENTINOS DE HOY  
Nº 2: Máximo Fresero: CANTO SIN  
DESTINO  
Nº 3: Esteban Peicovich: LA VIDA  
CONTINUA  
Nº 4: Magdalena D'Onofrio: TRABAJO  
DE REALIDAD  
Nº 5: Henzo D'Alessio: MUJERHOM-  
BRE  
Nº 6: Rafael Guillén: EL GESTO.

---

COLECCIÓN  
"TERCER HOMBRE"

Grandes best-sellers en pocket-book

- Nº 1: Antología de cuentistas policiales  
argentinos: TIEMPO DE PU-  
NALES  
Nº 2: David Garnett: UN TIRO EN  
LA NOCHE

Volumen simple: \$ 50.- — Volumen  
doble: \$ 60.- — Volumen triple: \$ 70.-

---

COLECCIÓN  
"TESTIMONIOS"

Libro de palpitante actualidad en  
pocket-book

- Nº 1: Matilde Ladrón de Guevara:  
Diario de una mujer en Cuba -  
300 páginas: \$ 80.-

---

**SEIJAS Y GOYANARTE EDITORES**

Tucumán 3349 — T. E. 86-3034  
Buenos Aires — Argentina